

Selección TERROR

ANGEL DEL INFIERNO

Adam Surray

DOUGLAS CHAFFEY


ST
SELECCION
TERROR

ADAM SURRAY

ANGEL DEL INFIERNO

Colección SELECCION TERROR n.° 474

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

469 — El comprador de recuerdos. Lou Carrigan.

470 — *En la tumba, oscuridad.* Clark Carrados.
471 — *La muerte se mira ai espejo.* Ada Corctti.
472 — *El monstruo.* Clark Carrados.

473 — *¿Quién será el próximo?* Ralph Barby.

ISBN 84-02-02506-i Depósito legal: B. 330-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1a edición: marzo. 1982

1.a edifión en América: septiembre. 1982

Impreso en los Talleros Gráficos de Edltorial Bruguera, S. A. Parcts del Vallés (N-152. Km 21,650) Barcelona • 1982

CAPITULO PRIMERO

Levey Boulevard es una de las zonas residenciales más bellas de Los Angeles. Muchos famosos de Hollywood emigran ya de Beverly Hills en busca de paradisíacos lugares como Levey Boulevard. En Munro Hill.

Avenidas ajardinadas, fuentes, reducida contaminación...
Un lugar de lujo.

Sólo habitado por individuos que asomaban dólares por las orejas.

James Lansbury era uno de ellos. El orondo Lansbury. Con más dólares que barriga. Una fortuna amasada especulando a unos y a otros. De origen humilde. Su abuelo fue un destripaterrones, su padre un patán... James Lansbury heredó esa sana incultura, pero al estar forrado de dólares la llevaba bastante bien. Incluso había llegado a contraer matrimonio con Nancy Lunn. La única hija de los Lunn. Familia de alta sociedad californiana y baja en recursos económicos. De ahí que se llegara a un arreglo.

James Lansbury ponía los dólares. Los Lunn entregaban a su bella hija. De eso hacía ya muchos años.
Eran ya cerca de veinte artos de matrimonio.
James Lansbury y Nancy se soportaban mutuamente a la perfección.

Y tenían a Judith, fruto del matrimonio. Con sus diecisiete añitos en flor. Una encantadora jovencita que desayunaba con marihuana y se acostaba con...

—¿Con quién estuviste ayer, Judith? ¡No has dormido en casa! Judith ahogó un bostezo.

Se acababa

de
levantar.
Doce
del
mediodía.
Jamás había madrugado tanto.
—¿Por qué no me dejas en paz, pa?

—¡Te voy a...!
Judith se había arrojado a la piscina.

Dejando a James Lansbury con
la palabra en la boca. Y la soltó.

Comenzó a maldecir y blasfemar como un poseso. Un florido repertorio de epítetos enseñados por el abuelo, que en paz descanse.

Llegó
Nancy del
bungalow.
Enfundada
en un traje
de baño.

Contempló despectivamente a su marido.
—Buenos días, querido... ¿Practicando tu refinado vocabulario?

En el mofletudo rostro de James Lansbury, apenas destacaban sus ojos. Unos ojos diminutos.
Posó la mirada en Nancy.

También con marcado desprecio, aunque no carente de una involuntaria lujuria. Era imposible no mirar a Nancy Lansbury sin que la lascivia asomara a las pupilas.
Nancy contaba treinta y ocho años de edad. Apenas había cumplido los veinte cuando

fue vendida a James Lansbury. Este era doce años mayor. Y esa diferencia de edad se notaba.

Nancy mantenía su cuerpo tentador. En sazón. Como una apetitosa fruta madura. Podía lucir dignamente un bikini, pero prefería el traje de baño de una sola pieza. En licra. Ceñido a su cuerpo. Modelándolo provocativamente. Haciendo resaltar los opulentos senos, la curva del vientre, el hendido y poderoso trasero...

James Lansbury también estaba en traje de baño. Su voluminoso vientre colgaba en adiposos pliegues carnosos. Carne fofa en brazos y piernas. El rostro grasiento y rollizo. Piel blanquecina...

Una pena.

—Tu hija —resopló James Lansbury, alargando la diestra hacia el refrescante combinado— va camino de convertirse en una furcia como tú.

Nancy sonrió. Ajena al insulto.
—¿Qué te ocurre, querido? ¿Otra vez la úlcera?

James Lansbury se disponía a soltar un segundo muestrario de palabrotas, pero quedó con la mirada fija en la artística cancela.

Todo el bungalow, piscina y jardín incluidos, estaba cercado por un alto seto que hacía de muralla de separación con las viviendas lindantes.

En Levey Boulevard se había estacionado un auto. Frente a la entrada al bungalow de los Lansbury.

Un Chevrolet «Estate Wagon». Cinco puertas y seis plazas. En color negro marcadamente fúnebre.

Descendieron dos individuos.

Dos hombres jóvenes.

De la portezuela trasera del «Estate-Wagon», comenzaron a extraer complicados aparatos de metal y tubos.

—¿Quiénes son? —bizqueó James Lansbury. Nancy se encogió de hombros.
Dejándose caer en la tumbona del jardín.

—No lo Sé. Por un instante creí que se trataba de un coche de la funeraria.

—Parece que... ¡Entran aquí! En efecto.

Los dos hombres empujaron la cancela de acceso al bungalow caminando por el asfaltado sendero que conducía al porche de la casa.

James Lansbury se incorporó. Haciendo oscilar su voluminosa barriga.

—¡Eh...! ¿Qué quieren?

Uno de los individuos esbozó una cordial sonrisa. Mostrando unos níveos y perfectos dientes. Rostro de correctas facciones. Bronceado. Una complexión atlética se adivinaba bajo el traje gris. Frisaba los treinta años de edad.

—Buenos días, señor. Permítame presentarme. Soy Alex Sandler, ingeniero adscrito al Instituto de Tecnología de Pasadena. Este es mi compañero Jonathan Fox. Mi credencial...

El llamado Alex Sandler extrajo una cartulina plastificada del bolsillo superior de la chaqueta. Tras mostrarla a Lansbury, sin soltarla, volvió a depositarla en el bolsillo.

Sin dejar de sonreír cordialmente.

—Sólo le molestaremos unos minutos, señor. El tiempo de perforar y sacar las muestras. ¿Perforar? —respingó James Lansbury—. ¿Dónde?

—¿Qué ocurre, querido? Nancy se había aproximado. Interrogando con la mirada a los dos hombres.
—Son... son funcionarios del... del...

—Instituto de Tecnología de Pasadena —sonrió Alex Sandler, ante la vacilación de Lansbury—. Después de los reiterados, aunque afortunadamente leves, temblores de tierra registrados últimamente, se está realizando un minucioso examen del terreno para determinar las zonas de mayor peligro en caso de un seísmo de elevada escala. No sólo el Instituto de Tecnología de Pasadena. También colabora el de Berkeley y el Centro Nacional de Golden. Se están tomando muestras por todas partes. Aquí, en Munro Hill, hemos elegido su casa, señora.

—¿Por qué?

—Consideramos la zona de Levey Boulevard la más adecuada para la investigación. Su bungalow o cualquier otro. Dado los aparatos técnicos de que disponemos. es cuestión de minutos nuestro trabajo. Tenemos la correspondiente autorización para perforar en el lu-gar que consideremos conveniente. Es por el bien de la comunidad. Jonathan..., muestra la autorización a la señora.

—No, no es necesario —respondió Nancy—. ¿Quieren beber algo antes de empezar a trabajar?

—Gracias, señora. Es usted muy gentil, pero deseamos molestar lo menos posible. Empecemos, Jonathan. Allí mismo. Junto a aquel árbol.

Jonathan Fox no se movió.
No parecía haber oído las palabras de su compañero.

Tenía los ojos muy abiertos. Como platos. La mira da muy fija. Y una embelesada expresión reflejada en el rostro.

Alex Sandler siguió la mirada de su compañero. Y también agrandó los ojos.

Judith habla salido de la piscina. Avanzaba hacia ellos.

Con un provocativo ondular de caderas. Con un bikini que dejaba muy poco para la imaginación. La pieza superior apenas ocultaba la sonrosada aureola de los pezones. La inferior se limitaba a un diminuto triángulo de tela.

—¡Hola! —saludó Judith, cordial.

Jonathan Fox respondió con un extraño sonido gutural. Como un gruñido. Sus ojos, devorando el cuerpo de Judith, fueron más expresivos.

—Buenos días, señorita —respondió Alex Sandler, zarandeando a su compañero—. ¡En marcha. Jonathan!... Prepara el trípode.
—¿El qué...? ¡Ah, si...! ¿Dónde perforamos?
—Allí. Junto a aquel árbol —señaló Sandler.

Los dos hombres montaron los complicados aparatos.

Empezaron por un trípode. Sobre su base, un artefacto circular con varias agujas de medición. Del centro de aquel círculo fue acoplado un tubo que entró en contacto con la hierba del jardín.

—¿Qué es eso? —rió Judith—. ¿Buscan petróleo? James Lansbury dirigió una severa mirada a su hija.

—No molestes, niña. Es un trabajo de científico. Estos dos hombres trabajan por el bien y la tranquilidad de los habitantes de la ciudad.

—Su... su hija no molesta, señor —dijo Jonathan Fox, sin evitar que sus ojos se posaran nuevamente sobre los juveniles senos de Judith —. Todo lo contrario. Su hija es muy...
—Las válvulas, Jonathan.
—¿Qué...? Sí... las válvulas... En seguida, Alex.

—¿Preparado?
—Cuando quieras.

Alex Sandler pulsó un resorte del aparato circular del trípode. El tubo comenzó a teclear sobre el terreno.

Los Lansbury contemplaban con curiosidad el experimento. Súbitamente el tubo quedó inmóvil.
—¿Qué ocurre. Jonathan? ¿Por qué lo has detenido?

—La aguja detectora señala algo —respondió Jonathan Fox posando el dedo índice sobre el disco del trípode—, Y no se trata de una piedra.
—¿Qué puede ser?

—Lo ignoro, Alex. Los detectores no lo identifican. Sandler desvió la mirada hacia los expectantes Lansbury.

—Señor...
—Lansbury. James Lansbury. Disculpen no haberme presentado con anterioridad.

—El detector ultrasensible señala algo bajo tierra. A poca profundidad.


No es una piedra ni un metal. ¿Tiene idea de lo que puede ser, señor Lansbury?
—¡Un tesoro! —exclamó Judith—. ¡Puede ser un tesoro!

—No seas idiota —reprendió James Lansbury—. ¿Qué ocurre, caballeros? ¿No pueden seguir perforando?
Alex Sandler sonrió.

—Por supuesto que si. Este tubo es capaz de taladrar una plancha de acero, aunque... tal vez rompamos algo de valor. Otro equipo del Instituto de Tecnología de Pasadena encontró una porcelana antigua de incalculable valor. Una pieza única y perfecta.

James Lansbury se rascó la barriga con ambas manos. Riendo en sonora carcajada.

—¡Por todos los...! ¡Estaría bueno que se encontrara algo de valor en mi jardín! Alex Sandler examinó detenidamente el disco.
—Ni piedra, ni metal...

—Déjame a mí, Alex —decidió Jonathan Fox, despojándose de la chaqueta y colgándola de una de las ramas del árbol—. Vamos a salir de dudas.
Fox desplazó el trípode.
Seguidamente utilizó uno de los soportes planos de metal para cavar en el orificio

marcado por el tubo perforador. Fue agrandando el hoyo.

Judith se había arrodillado en la hierba. Apartando con ambas manos la tierra que iba acumulando Jonathan Fox.
—¡Animo...! ¡Ya tenemos el tesoro!

La muchacha se inclinaba una y otra vez para apartar la tierra. La pieza superior del bikini era ya meramente decorativa.
No ocultaba nada.

La tela se había desplazado dejando al descubierto los erectos senos femeninos. Judith no se había percatado de ello. Seguía riendo y animando a Jonathan Fox. Este no necesitaba ser animado. Casi se corta de cuajo tres dedos de la mano izquierda. El si se había percatado de aquel turbador deslizar de la tela.

—¡Un momento! —advirtió Alex Sandler—. Me parece que he visto algo...

Jonathan Fox arrojó la improvisada pala. Escarbó con las manos.
—Sí... aquí hay algo...

—¡Yo...! ¡Yo lo sacaré! —gritó Judith, nerviosamente—. ¡Déjame a mí!

La muchacha hundió las manos en la húmeda tierra. Aferró un objeto semicircular. De un color grisáceo.

Tiró de él hacia arriba. Sin dejar de reír.

Una risa que de inmediato desapareció. Con brusquedad. Una mueca de terror desencajó el rostro de Judith.

Sus manos sostenían una horripilante calavera de cuyas vacías cuencas asomaban nauseabundas gusanos.

CAPITULO II

Judith quedó como petrificada. Contemplando la calavera con alucinados ojos. Incapaz de reaccionar.

Paralizada por el terror.

De las vacías cuencas asomaban infinidad de gusanos verdosos. Gruesos. Serpenteantes. Moviendo repulsivos su segmentado cuerpo.

Uno de aquellos gusanos pasó de la calavera al pulgar de Judith. Y la muchacha reaccionó.
En histérico grito, a la vez que soltaba la calavera. También Nancy gritó.

Las dos mujeres iniciaron un dúo de alaridos amenizado por las maldiciones de James Lansbury.

—¡Ya basta, condenación...! ¡Dejar de gritar, maldita sea! —vociferó James Lansbury'—. Sólo es una, una...

Alex Sandler y Jonathan Fox se habían volcado sobre el agujero. Escarbando.
Apareció una tibia con su correspondiente peroné, un fémur, una espina escapular...
A cada hallazgo se incrementaban los gritos femeninos.

—Lleve las mujeres a la casa, Lansbury —dijo Alex Sandler, limpiando de tierra un amarillento cartílago costal—. Es preferible que no sigan aquí.
—Sí... sí...

James Lansbury casi arrastró a su mujer y a su hija hacia el interior del bungalow. Penetraron por la abierta puerta del salón que comunicaba con el jardín. Desde allí continuaron contemplando la excavación.

Nancy y Judith ya habían cesado en sus gritos. Sí, continuaban temblando.
De pies a cabeza.
—Toma, Nancy...

James Lansbury había cogido una botella de exquisito brandy francés. Sirvió una copa que ofreció a su mujer.

Nancy atrapó la botella. Aplicando el gollete a sus labios.

—Muy fina —masculló Lansbury—, Toma tú la copa, Judith. ¿O también prefieres beber de la botella?

Judith tendió su temblorosa mano. Bebió a pequeños sorbos. Maquinalmente.

Sin apartar la mirada del jardín.

Alex Sandler se había despojado también de la chaqueta. Junto a su compañero, procedía a profundizar más en el hoyo.

—Malditos sean... ¿Qué hacen? —murmuró James Lansbury, furioso —. ¿Por qué diablos profundizan más?
—Un cementerio... puede que se trate de un cementerio...

James Lansbury fijó los ojos en Judith. Luego desvió la mirada hacia Nancy.

—¿Seguro que es mi hija, Nancy? ¿Cómo diablos puede ser tan estúpida? ¡Apuesto que me la pegaste con aquel tarado de Lewis! Me resisto a creer que una hija mía suelte tantas tonterías por...

—¡Ahí vienen!

La nerviosa exclamación de Nancy interrumpió a James Lansbury. Alex Sandler y Jonathan Fox avanzaban hacia la casa.

Tras ellos, junto a la boca de la fosa, se amontonaban los desordenados huesos de un esqueleto.

—Asombroso... Algo en verdad fascinante —dijo Sandler, sacudiéndose las manos—. Mi compañero les calcula a esos huesos una antigüedad de siglos. Por supuesto no comparto esa hipótesis, aunque si me consta que son muchos años los que llevan ahí enterrados. Ciertas características así lo hacen suponer. Principios de siglo es mi opinión. La conservación es perfecta y...

—¿Qué piensan hacer con toda esa osamenta? Alex Sandler siguió hablando. Ajeno a la interrupción de Lansbury.

—Desgraciadamente parece ser el único esqueleto existente. Hemos profundizado más pero no hay rastro de ningún otro.

—¡Por todos los infiernos! —gritó James Lansbury—. ¿Qué esperaba encontrar? ¿Una fosa común?

—Disculpe a mi colega, señor Lansbury —dijo Jonathan Fox, sirviéndose un vaso de Johnnie Walker del abierto mueble bar—. Está tan entusiasmado con el descubrimiento que no repara en su problema. Lógicamente tenemos que comunicar el hallazgo a la autoridad competente. Llegarán equipos especializados, excavarán por todo el jardín, sin dejar un solo rincón por remover, periodistas, curiosos, leyendas, maldiciones de espíritus, sospechas de

asesinatos...

James
Lansbury
palideció.
Al
igual
que
Nancy.

—Dios mío... No... eso no...

—Sí, la comprendo, señora Lansbury —dijo Alex Sandler—. Perdonen mi torpeza. Ciertamente estaba tan entusiasmado que no pensé en los graves trastornos que se le avecinan. Serán días muy duros. Semanas de auténtica locura. Dudo que puedan resistirlo. Conozco otros casos similares.

—Les aconsejo vender la casa.

—¿Vender la casa? —respingó Lansbury.

—Correcto —asintió Jonathan Fox—. Eso es mi consejo. No soportarían las excavaciones, los curiosos, las burlas, los periodistas... Su bungalow se convertirá en una feria permanente. Una vez destrozado por completo el jardín, y al no encontrar nada más, se retirarán los equipos de investigación; pero el hecho de haber sido descubierto aquí un esqueleto humano, perduraría. Jamás sería olvidado por sus vecinos.

—Dudo que se encuentre otro esqueleto.

—Cierto, Alex —movió afirmativamente la cabeza Fox—, pero tú sabes que registrarán

igualmente.

—¿Por qué no se lo llevan? —inquirió James Lansbury. Sandler parpadeó.
—¿A quién, señor?

—¡Ese esqueleto! ¿Por qué no se llevan todo ese montón de huesos y lo ceden a la perrera local?

Alex Sandler retrocedió. Horrorizado por aquellas palabras.

—Ese... ese montón de huesos debe ser investigado, señor Lansbury. Por supuesto que no se trata de un nuevo hombre de Neanderthal, pero sí considero digno de estudio c investigación.

—Un momento, caballeros —sonrió Nancy, nerviosamente—. Hablemos con tranquilidad. ¿Quieren beber algo? ¿Un whisky...?

—Sí, me tomaré otro whisky —dijo Jonathan Fox—. No se moleste, señora. Ya conozco la botella.

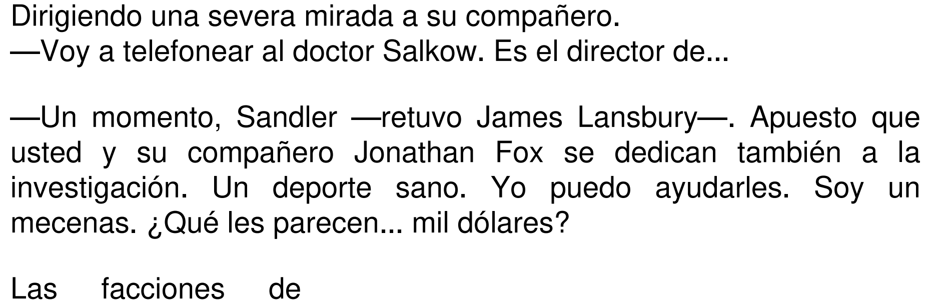
—La idea de papá es buena —intervino Judith—. ¡Esos horribles huesos deben ir a la perrera!

James Lansbury chasqueó la lengua. Palmeó la espalda de Sandler.

—Estaba equivocado. Disculpe las palabras de mi hija, Sandler. La juventud de hoy pasa de la investigación y de la gran labor de los científicos. Por supuesto que esos malditos huesos..., quiero decir, ese valioso esqueleto, debe ser estudiado con detenimiento.

—Celebro que lo comprenda, señor Lansbury.
—Llámeme James.

—¡A su salud, James! —brindó Jonathan Fox, alzando el vaso de whisky. Alex Sandler forzó una sonrisa.



Dirigiendo una severa mirada a su compañero.
—Voy a telefonear al doctor Salkow. Es el director de...

—Un momento, Sandler —retuvo James Lansbury—. Apuesto que usted y su compañero Jonathan Fox se dedican también a la investigación. Un deporte sano. Yo puedo ayudarles. Soy un mecenas. ¿Qué les parecen... mil dólares?

Las facciones de Sandler se endurecieron. Contempló fijamente a Lansbury.

—No le comprendo.

—Okay. Subiré a dos mil dólares. Dos mil dólares por recoger esos huesos y olvidarse de mi bungalow.

—Nos está ofendiendo, señor Lansbury. ¡No admitimos sobornos! Somos dos funcionarios que...

—Mi marido no se ha expresado bien —intervino Nancy, aproximándose a Sandler—. Seleccionaron nuestro bungalow al azar, ¿no es cierto?
—Correcto.

—¿Por qué no pudo ser en el Grant Park? Allí perforan y se encuentran con el fantástico esqueleto.
—Eso no...

—Por favor, Sandler —interrumpió Nancy tomándole del brazo. Apretándolo contra sus opulentos senos. La voz de la mujer se hizo marcadamente sensual—. Le estaría muy agradecida.

—¡También yo! —exclamó Judith, rebosando lujuria en la mirada—. Podemos invitarles a cenar una noche, ¿verdad, mamá?

Sandler y Fox intercambiaron una mirada. Sin pronunciarse. Dudando.

—Por supuesto olviden esa ridícula oferta de mi marido. Con dos mil dólares nada se puede investigar. Que menos de... cinco mil dólares.

—¡Por todos los...! —aulló James Lansbury—. ¿Te has vuelto loca? Nancy giró hacia su marido.

Furiosa.

—¿Prefieres acaso las excavadoras, los periodistas, las burlas...? Cinco mil dólares, caballeros. Y el secreto quedará entre nosotros. ¿Qué deciden?
Alex Sandler movió la cabeza de un lado a otro.

—No es honrado el que...

—Un momento, Alex —habló Jonathan Fox—. Recapacitemos. Nada ocultamos a la Ciencia. Nos llevamos el esqueleto y simulamos haberlo encontrado en otro lugar. Con esos cinco mil dólares podríamos realizar nuestro sueño de investigar. Sin necesidad de mendigar la ayuda estatal que siempre nos es negada.
—Yo... no sé...

—¿Tienen una bolsa? —decidió Jonathan Fox—. Voy a guardar en ella el esqueleto. Alguien puede entrar verlo.

Judith se adelantó. Sonriente.
—Yo le proporcionaré una.
Jonathan Fox abandonó el salón acompañado de la muchacha.

—Extenderé un cheque por cinco mil dólares —dijo Lansbury con nulo entusiasmo. Alex Sandler carraspeó.

—Señor Lansbury...
— ¿Sí?

—Es preferible dinero en efectivo. Considero prudente que no se nos relacione con la familia Lansbury.
—Sólo dispongo de unos dos mil dólares en efectivo.
—Yo pondré el resto —dijo Nancy—. Un momento...

El matrimonio salió del salón.

Alex Sandler encendió un cigarrillo. Junto al ventanal.

Contempló cómo su compañero Jonathan Fox iba colocando cuidadosamente los huesos en el interior de una bolsa de lona.

—Aquí tiene. Sandler giró.

Tomó un sobre de manos de Nancy. Sin comprobar el contenido, lo introdujo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Voy a ayudar a mi compañero. ¿Y el señor Lansbury? Nancy esbozó una sonrisa.

—Se ha puesto enfermo. Nada de importancia. Siempre que suelta dinero se pone enfermo.

—Adiós, señora Lansbury. Lamento este desagradable incidente.

—¿Por qué no me telefonea un día de éstos, Sandler? Me gustaría saber de sus...

investigaciones.

Alex Sandler posó sus ojos en la mujer. Su mirada recorrió el cuerpo femenino.

Los carnosos labios de Nancy dibujaban ahora un sensual mohín. No pareció ofenderse por la insolente mirada de Sandler.

Todo lo contrario. Correspondió a ella.

—Hasta pronto, señora Lansbury.

Alex Sandler pasó al jardín haciéndose cargo de los aparatos de perforación. Su compañero Fox estaba ya junto al estacionado «Estate Wagon». Colocando la bolsa en la parte posterior del vehículo.

Se acomodaron en los asientos delanteros. Sandler se hizo cargo del volante.

El vehículo se alejó de Levey Boulevard.

—¿Y bien?

—Perfecto, Jonathan.
—¿Los cinco mil?
Alex Sandler asintió sonriente.

—Los cinco mil, muchacho. Y en efectivo. Tal como lo había planeado. Ya sabía yo que el patán de James Lansbury picaría el anzuelo.

CAPITULO III

La funeraria estaba emplazada en el 771 de Helm Street. En la planta baja de un edificio antiguo de fachada gris. Destacaba el amarillento cartel anunciador. Letras grandes de pintura ya descolorida. Acusando el paso del tiempo.

«El
Buen
Reposo».
Si.
Un bonito nombre para una funeraria.

La vidriera del escaparate plagada de polvo. De esquina a esquina del cristal un cartel con el indicativo de «se alquila».
Una mano, no visible desde Helm Street, retiró el cartel del cristal.

—¿Sabes una cosa, Alex? —dijo Jonathan Fox, arrugando entre sus manos el papel—. Lamentaré dejar este lugar.

—Es una pocilga.
—Antes no lo era.

—Antes
vivía el
abuelo.
Jonathan
Fox ahogó
un suspiro.

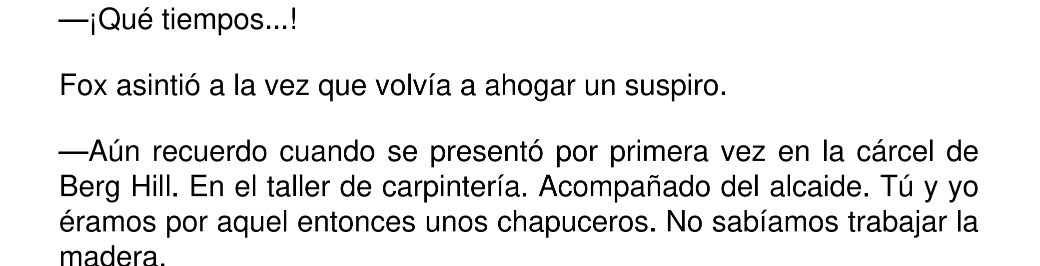
—Si..., tienes razón. El abuelo era único. El fundador de «El Buen Reposo». Fueron buenos años, ¿eh, Alex?
—Ultimamente empezaba a flojear el negocio.
—El abuelo decía que se moría poca gente.

—Y para incrementar el cupo se murió él.
—Si, maldita sea... Pobre Oliver.

—Le construimos el mejor ataúd que jamás salió de «El Buen Reposo». Madera trabajada de la mejor calidad, relieves a mano, forrado en terciopelo rojo, anillas laterales, dorados en el frente...

—Hicimos un buen trabajo.
—El abuelo se lo merecía, Jonathan. ¿Cuánto tiempo permanecimos

con él? ¿Diez años?



—Más o menos.
—¡Qué tiempos...!

Fox asintió a la vez que volvía a ahogar un suspiro.

—Aún recuerdo cuando se presentó por primera vez en la cárcel de Berg Hill. En el taller de carpintería. Acompañado del alcaide. Tú y yo éramos por aquel entonces unos chapuceros. No sabíamos trabajar la madera.

—Aquello era para matar el tiempo, Jonathan. Carpintería, encuadernación, mecánica...
Cualquier cosa en la que pasar nuestros dos años de condena.

—¿Por qué crees que el abuelo nos eligió? ¡Eramos malos con la madera!

—Con la madera y con todo; sin embargo, el abuelo nos estaba esperando a la salida. Nos condujo hasta aquí proporcionándonos un trabajo, un hogar... y comprensión. Eso jamás se olvida. Estábamos solos. Sin familia. Dos muchachos de veinte años que de seguro hubieran vuelto de inmediato a prisión. Oliver fue algo más que un padre para nosotros.

—Seguro. Yo no conocí al mío.
—Yo no adelanté gran cosa conociéndolo. A los trece años me largué de casa. Tú ya lo

sabes. Hemos pasado las calamidades juntos.

—Si, maldita sea... Y ahora hemos vuelto a las andadas. Apenas morir el abuelo, otra vez a engañar al prójimo.

Alex Sandler entornó los ojos. Fijos en Fox.

—¿Qué te ocurre, Jonathan? El negocio dejó de funcionar sin el abuelo. Mañana llega el nuevo propietario del local. Tampoco era nuestra meta seguir fabricando ataúdes. Planeamos lo de James Lansbury. Se me ocurrió al ver los aparatos del nuevo propietario, esos tubos y demás... Lansbury es un patán que se enriqueció especulando y engañando al prójimo. A gran escala. Nosotros necesitamos dinero para montar nuestro propio negocio, ¿lo has olvidado?

—No, Alex.

—El abuelo nos animaba a ello. Ahora somos dos buenos ebanistas. Oliver no quería que continuáramos con el negocio de la funeraria, sino que nos dedicáramos a los muebles y la maquinaria de la madera.

Jonathan Fox rió. Algo nerviosamente.

—Voy a confesarte algo, Alex. Todos estos años con el abuelo lo he pasado muy mal. Me refiero a lo de fabricar ataúdes. Tú no te dabas cuenta, pero el abuelo sí. Yo siento un gran... un gran respeto por los muertos. Por los espíritus. Por los fantasmas del Más Allá...
Sandler parpadeó.
A su rostro asomó una sonrisa burlona.

—¿Hablas en serio, Jonathan?

—Por completo. Temblaba de pies a cabeza cada vez que llegaba un cliente. Y eso que nosotros única mente nos preocupamos de

fabricar el ataúd, pero yo imaginaba el cadáver dentro de la caja. El muerto que me contemplaba con ojos muy abiertos mientras yo iba alineando los clavos o puliendo la madera.

Alex Sandler rió divertido.

—No podía ni sospechar tus absurdos temores, Jonathan. Recuerdo de pequeño tu miedo a las cucarachas. Nadie se burlaba de ti porque eras fuerte y muy bestia; pero yo escuchaba el castañear de tus dientes cuando el amplio y lujoso dormitorio del orfelinato quedaba en la oscuridad.

—La oscuridad...

—¿También, Jonathan? —rió de nuevo Sandler—, ¿También temes a la oscuridad?

—¡Sí, maldita sea! ¡Creí haberlo superado, pero des de que me dedico a fabricar ataúdes...! Este ambiente influye mucho. Alex. ¿Recuerdas a la señora Harrison? Se le murió el marido y encargó un ataúd de dos plazas.

Sandler asintió.

Sin dejar de sonreír.

—Lo recuerdo. El abuelo ni tan siquiera pestañeó. Estaba acostumbrado a todo tipo de peticiones. Por extravagantes que fueran.

—¿Extravagantes? La señora Harrison dijo que su marido le había hablado desde el Más Allá. Adviniéndole que encargara un ataúd de dos plazas. Que ella palmaría al día

siguiente. ¡Y así fue, Alex!

—Era una mujer de avanzada edad, Jonathan. No soportó el quedar sola y...

—¿Qué me dices de John Stewart? Hizo que le acopláramos un teléfono en el ataúd de su padre. Dijo que debía establecer contacto con su difunto padre para que le siguiera aconsejando en la marcha del negocio.

—Un chiflado.

Jonathan Fox movió lentamente la cabeza de un lado a otro.

—El abuelo era feliz aquí, pero éste es un negocio triste. Todo encargo de ataúd lleva consigo su dosis de llanto, tristeza, soledad, desesperación...

—Depende. ¿Qué me dices de Stella McClure? Viudita del todopoderoso Frank McClure. El viejo se murió dejándola heredera de toda su fortuna. Stella, con sus veintidós añitos, saltaba de alegría enfundada en su vestido de luto.

lx)s ojos de Fox se tornaron vidriosos.

—Si... recuerdo aquellos saltitos que hacían bambolear sus... ¡Al diablo! Stella McClure fue la excepción. Esto es triste y lúgubre, Alex. ¡Hasta la decoración! ¡Un esqueleto a la entrada del negocio!

—Cosas del abuelo —sonrió Sandler—. Afirmaba que ese esqueleto impresionaba mucho y que los clientes no le regateaban en el precio del ataúd. Y gracias a ese viejo esqueleto hemos timado a James Lansbury.

Jonathan Fox acudió hacia un mueble. Abrió uno de los cajones para extraer una plana botella de whisky.

—No me hables de eso... Tú sí me sorprendes, Alex. Nada parece impresionarte. Te burlas de los vivos y de los muertos. Eres... eres repulsivo.

—¿De veras?

—Ayer... cuando se te ocurrió lo del esqueleto...

—Un buen truco, ¿no?

—Los Lansbury habían acudido a una fiesta —siguió Fox, con la mirada fija en la botella—

. Nos llegamos al bungalow y procedimos a cavar para enterrar el

esqueleto. Yo, no me importa reconocerlo, temblaba en la oscuridad de la noche mientras tú ibas pasándome hueso a hueso. Me iba dominando bastante bien hasta que sacaste aquella cajita. ¡Una caja repleta de gusanos!

Sandler volvió a reír a carcajadas.
—Estuvo bueno, ¿eh?

—Maldita sea tu estampa...

—Era necesario dar ambiente al esqueleto, Jonathan. Por eso rellene la cabeza con gusanos. Eso impresionaría a los Lansbury.

Fox se atizó un segundo trago de whisky. Sacudió la cabeza.
—Afortunadamente ya todo ha terminado. Mariana salimos de «El Buen Reposo».

—Sí, Jonathan. Mañana entra el nuevo inquilino. Y nosotros emprendemos hoy camino hacia Dawnsville.
—¿Dawnsville? ¿Qué diablos vamos a hacer allí?

—Se me acaba de ocurrir al escuchar un boletín de noticias por radio. Ha muerto Douglas Chaffey. Esta misma mañana. Parece ser que de un fallo cardíaco.

—¿Douglas Chaffey...? ¿El de las industrias conserveras Chaffey?
—El mismo.

—¡Eso hay que celebrarlo! —Fox volvió a aplicar el gollete de la botella a los labios—. Ha muerto un ilustre hijo de pera.
Alex Sandler sonrió.
—Sabía que te alegraría la noticia.

—He oído hablar mucho de Douglas Chaffey. Un explotador. Un dictador. El amo y señor de Dawnsville. En la imprenta de la prisión se hacían etiquetas para las conservas de la Chaffey Company. El trabajo peor pagado de todos. También he conversado con an-tiguos empleados de las factorías conserveras Chaffey. individuos que estaban en prisión por no acatar dócilmente los abusos del clan Chaffey.

—Nos queda un ataúd, ¿verdad, Jonathan?
—¿Cómo dices?

—Has oído perfectamente. Tenemos aquí un ataúd. De primera clase. De lujo. Iba a ser para el abuelo, pero nos decidimos a fabricarle uno aún mejor.
—No comprendo...

Sandler amplió la sonrisa.
—Muy sencillo, Jonathan. Vamos a vender ese ataúd al difunto Douglas Chaffey.

CAPITULO IV

El «State-Wagon» se adentró por las calles de Dawnsville cuando ya las sombras de la noche se habían adueñado de la ciudad.
Reinaba un silencio sobrecogedor.

Comercios y espectáculos públicos con sus puertas cerradas. Con los luminosos de neón sin funcionar. Calles desiertas. Apenas con alumbrado. Circulación nula.

Ningún vehículo por las calles de Dawnsville.
Ningún peatón.
—Alex...
—¿Sí, Jonathan?

—¿Qué... qué significa esto? Son poco más de las nueve de la noche. No hay nadie en las calles. Es como una ciudad muerta.

Alex Sandler sonrió pisando a fondo el pedal del gas. El auto circuló veloz por la Bruhl Avenue.
La calle principal de Dawnsville.

—El único muerto es Douglas Chaffey. Esto no es Los Angeles. Es un villorrio. Una ciudad que depende de las industrias conserveras Chaffey. Apuesto que el noventa por ciento de sus habitantes trabajan para los Chaffey. Hoy ha muerto el Gran Jefe. Es lógico que la ciudad esté de luto riguroso. Aunque en el interior de las casas se esté celebrando el fallecimiento con champán.

—Pero... es que no se ve un alma... Nadie...

—Tranquilo, Jonathan. Realizamos el truco del ataúd y salimos de inmediato de aquí. Tampoco a mi me gusta esta ciudad.

—Maldita sea... No debí dejarme convencer. No saldrá bien. ¡Y encima hemos pagado doscientos dólares al bastardo de Logan!

—Logan es un buen fulano. Un experto. En menos de una hora falsificó los papeles. Incluida la firma de Douglas Chaffey.

—¿De dónde la copió?
Sandler se encogió de hombros.

—¡Cualquiera sabe...! Logan tiene un buen archivo. Ya estamos llegando. Aquella casa que destaca en la plaza es la mansión de los Chaffey.

—Oye, Alex... ¿por qué no damos media vuelta? Olvidemos este asunto. Tenemos los cinco mil dólares de los Lansbury. Puede que resulte suficiente para iniciar nuestro proyecto.

—¿Con cinco mil dólares? Necesitaremos otro tanto, Jonathan. Como mínimo. Nos instalaremos en San Francisco. Allí montaremos nuestro pequeño taller de ebanistería.

—Si al menos hubiéramos ahorrado algo... Desde que murió el abuelo todo nos ha ¡do mal.

—Cierto. Hasta perdió mi caballo favorito. El rostro de Fox reflejó una mueca.

—No me lo recuerdes. Me obligaste a apostar mis últimos trescientos dólares.

—Era una apuesta segura, Jonathan. Aún no me explico qué pudo fallar.
—Y en las partidas de póker en el tugurio de Spencer, tus francachelas con Sarah,

Dorothy, Sharon... ¡Cómo diablos vamos a ahorrar!

—Nos estamos recuperando, muchacho. Primero James Lansbury. Y ahora vamos a rematar la operación.

La Brühl Avenue desembocaba en el Reid Center. Una plaza circular con frondosos árboles y jardín en el centro.
Allí se alzaban los más importantes edificios de Dawnsville.

Una de las casas destacaba por su majestuosidad. Aunque sólo de dos plantas, su fachada de artístico porche con níveas columnas de mármol la hacia distinguirse del resto.

Alex Sandler detuvo el auto frente a la casa. Descendió del «Estate Wagon» siendo imitado por Fox.

—¿Cuánto piensas sacar por el ataúd, Alex? Redondearemos en otros cinco mil dólares. La misma tarifa que para los Lansbury. Hay que ser equitativos...

—Dudo que se queden con el ataúd. Douglas Chaffey ya estará en una buena caja.

—Eso es problema de ellos. Soltarán la pasta con o sin ataúd. Todo saldrá bien. Tengo mucha labia.

Sandler pulsó el llamador de entrada.
Tampoco había luz bajo el porche. Sólo un crespón negro sobre la puerta.

El silencio que reinaba en la ciudad era turbado en el Reid Center por el ulular del viento. Un sonido silbante. Extraño. Un ulular lúgubre y fantasmal que parecía sumarse al duelo por el difunto Douglas Chaffey. Se abrió la puerta de la casa.

Apareció un individuo de enteca figura. Por su vestimenta se identificaba como uno de los sirvientes.
—¿Qué desean?

—Somos de la funeraria «El Buen Reposo», de los Angeles —dijo Alex Sandler. El individuo arqueó una ceja.
—¿La funeraria...?
—Eso es. Somos portadores del ataúd para el finado.

—Creo que sufren un lamentable y desagradable error, caballeros.

El servicio de pompas fúnebres de Dawnsville ya ha... ya ha cumplimentado al difunto señor Chaffey.

Sandler
parpadeó.
Fingiendo
asombro.

—No es posible... El mismo señor Chaffey hizo el encargo en nuestra funeraria. El individuo arqueó ahora las dos cejas.

Antes de responder sonó una voz a su espalda.

—¿Qué ocurre, Haskin?

El hombre giró haciendo una breve inclinación de cabeza.

—Un... un absurdo mal entendido, señor. Estos caballeros afirman ser portadores de un ataúd encargado por... por el señor Chaffey.

—Retírese, Haskin.

—Muy bien, señor.

El sirviente retrocedió.

Un individuo ocupó su lugar bajo el umbral. Un hombre de unos cincuenta años de edad. Ojos protegidos por lentes de miope.

Contempló alternativamente a Sandler y a Fox. También dirigió una mirada al «Estate-Wagon».

—¿Qué significa todo esto? Alex Sandler respiró con fuerza.

—Oíga..., esta mañana, casi al mediodía, nos enteramos del fallecimiento del señor Chaffey. Por supuesto que el ataúd estaba ya preparado, pero ha sido necesario el darle unos últimos retoques, desembalarlo y viajar hasta aquí. Estamos muy cansados.

—No comprendo...

—¿Puedo hablar con alguien de la familia Chaffey? —interrumpió secamente Alex Sandler—. Alguien muy allegado al difunto.

—Yo soy Abraham Wilmer, administrador de la Chaffey Company. El hombre de confianza del difunto señor Chaffey. Yo llevo todos los asuntos. No pienso molestar a la señorita Chaffey, hermana del fallecido, por su absurda pretensión de

—Aquí tiene. Entréguele a la señorita Chaffey o decídase a abrirlo usted mismo. No deseo perder más tiempo.

Sandler le había tendido un sobre lacrado. Abraham Wilmer lo tomó entre sus manos. Perplejo.
—Es... es la firma de Douglas...

En el sobre había escritas unas palabras a máquina. «Abrir en caso de mi muerte». Y bajo ellas, una firma.

—Pasen, por favor —dijo Wilmer, algo nerviosamente—. Yo no me atrevo a abrir el sobre. Puede tratarse de algo personal. Se lo entregaré a Karla Chaffey. Esperen ahí...

Abraham Wilmer señaló un salón contiguo que comunicaba con el amplio hall.

Un salón lujosamente amueblado. Con profusión de artísticos objetos en bronce, plata y porcelana.

Jonathan Fox abrió una cajita de madera de cedro depositada sobre uno de los muebles.

—No se te ocurra fumar, Jonathan. Hay que ser considerado.

—Okay. Me los guardaré para después.

Fox atrapó unos aromáticos vegueros que introdujo veloz en uno de los bolsillos de la chaqueta.

A los pocos minutos,
apareció una mujer.
Karla Chaffey.
Enlutada.

Un vestido
negro muy
favorecedor.
Si.

Aquella negra tela ceñía seductoramente el cuerpo de Karla Chaffey. Presionando los carnosos senos y ajustando las pronunciadas caderas. La mujer había pasado la frontera de los treinta años. Llevaba el pelo recogido tras la nuca. El severo peinado hacía resaltar su rostro de salientes pómulos. Los ojos eran fríos. En sus facciones se acusaba una tenue palidez.

Las manos de Karla sostenían el sobre y la carta.

Contempló fijamente a Sandler y a Fox.
—¿Quién de ustedes es Oliver Chapman?

—El señor Chapman falleció hace meses —dijo Alex Sandler—. Yo soy el actual propietario de «El Buen Reposo». Junto con mi socio Jonathan Fox. Mi nombre es Alex Sandler.

—Según esta carta, mi hermano encargó el ataúd hace ya varios años.

—En efecto, señorita Chaffey. Yo estaba presente. Incluso redacté a máquina la carta que posteriormente firmó el señor Douglas Chaffey. Proporcionó a Oliver Chapman todos los detalles. Quería un ataúd de gran lujo. Con una serie de características que hemos cumplido al pie de la letra. El ataúd quedó almacenado durante todo este tiempo. Periódicamente era revisado para evitar su posible deterioro o cualquier falta que pudiera surgir.

Karla volvió a posar sus ojos en el papel. Una carta mecanografiada.
Al final del escrito, la firma de Douglas Chaffey.
—Mi hermano jamás me mencionó...

—Es lógico —interrumpió Sandler, con leve sonrisa—. Nadie habla de esas cosas, pero son muchos los que encargan su ataúd en vida.

—Mi hermano habla de su entusiasmo por el ataúd de «El Buen Reposo». Quiere ser enterrado en él. Alaba también el trabajo realizado por Oliver Chapman y sus dos ayudantes.

—Esos somos nosotros —dijo Jonathan Fox. La mujer dirigió una indiferente mirada a Fox. Desvió los ojos hacia Alex Sandler.

—Sí, me sorprende que mi hermano no pagara el ataúd. No era su estilo dejar algo pendiente de pago. Y aquí dice que debe ser abonado el ataúd, los gastos de almacén, los cuidados, el traslado...

—Su hermano quiso pagar el ataúd en infinidad de ocasiones —informó Sandler, sin vacilación alguna—. Era un gran hombre. Fue

Oliver Chapman quien no quiso recibir el dinero. Apreciaba al señor Chaffey. Siempre le daba largas. Sospecho que el bueno de Oliver no quería aceptar el dinero de manos del señor Chaffey.

—¿Puedo ver el ataúd?

—¿Cómo...? Ah, sí..., por supuesto. Nos hemos desplazado apenas tener noticia del fatal acontecimiento.

—Hubiera sido más positivo telefonear. Ahora ya tenemos un ataúd de la funeraria de Dawnsville.

—Voy a serle sincero, señorita Chaffey. No se obligue por esa carta. No nos ocasionaría perjuicio alguno rechazar el ataúd encargado por su hermano. Tenemos varios compradores para él. Todos se han quedado maravillados al verlo. Por supuesto no estaba en venta, pero si usted lo rechaza...

—Muéstrenme el ataúd. Abandonaron el salón.

El sirviente, que merodeaba por el hall, se precipitó a abrir la puerta de salida. El viento continuaba ululando.

Lastimero.
Con su extraño y lúgubre sonido.

Alex Sandler abrió la portezuela trasera del «Estate- Wagón» iluminando el piloto del interior del vehículo. Una luz no muy potente, aunque sí suficiente para apreciar la belleza del ataúd.

Un ataúd de fina madera negra. Con tapa deslizante artísticamente trabajada con relieves. Aretes dorados.
Sandler hizo deslizar la tapa.
Descubriendo el aterciopelado forro rojo del interior de la caja.

—Ciertamente es muy...
Karla Chaffey se interrumpió.

Desvió la mirada del ataúd fijando la mirada en los árboles que se alzaban en el centro de la plaza.

La oscuridad era total.

Los árboles eran como borrosas figuras que alzaban fantasmagóricamente sus ramas al cielo.

Lo que había interrumpido a Karla era el silencio. Un súbito silencio originado en el Reid Center.

Ya no ululaba el viento. El lastimero y tétrico silbar había cesado.
Ahora el silencio era absoluto. Sobrecogedor. Fantasmal...
La palidez se incrementó en el rostro de Karla.
—Está ahí... es ella... Maldita...

Sandler y Fox intercambiaron una perpleja mirada.
—¿Cómo dice...?

La mujer no respondió a la pregunta de Jonathan Fox. Retrocedió hacia el porche.

—Entren el ataúd en la casa —decidió Karla—. Cumpliré la voluntad de mi hermano. Alex Sandler y Jonathan Fox procedieron a sacar el ataúd del auto.

Se detuvieron

bajo el porche. Paralizados por la sorpresa.

Primero fue el súbito ruido. Un sonido extraño. Procedente de la arbolada de la plaza. Un agitar de ramas y revolotear de pájaros.

Y de la tenebrosa oscuridad de los árboles
surgieron los pájaros. Cuervos.
Infinidad de ellos.
Negros cuervos que comenzaron a revolotear en torno a la mansión de los Chaffey.

CAPITULO V

La frente de Abraham Wilmer estaba perlada de diminutas gotas de sudor. Un sudor frío. Originado por el miedo.
—Ya... ya se han ido... Eran cuervos, ¿verdad?
—Apártese de la ventana, Wilmer.

El hombre obedeció la seca orden de Karla Chaffey. Retrocedió soltando el oscuro cortinaje del ventanal.

Se hallaban en una espaciosa habitación vacía de mobiliario. Paredes desnudas. Sin adorno alguno.
Sí, había un mueble.

Una mesa longitudinal en el centro de la estancia. Una mesa protegida por un negro edredón.

Y sobre la mesa el ataúd.
Y dentro del ataúd, el cadáver.

Douglas Chaffey yacía en su eterno sueño. Impecablemente vestido. Su rostro de angulosas facciones aparecía rígido y acartonado. Los brazos pegados al cuerpo. Las manos extendidas.

Sandler y Fox llegaron portando el ataúd.

—Es una pena que no se hubieran presentado antes —dijo Karla—, Ya se ha suspendido el duelo. Durante todo el día, gran parte de los habitantes de Dawnsville, por no decir todos, han desfilado ante el cadáver de Douglas Chaffey. Me hubiera gustado que Douglas re posara ya en el ataúd que encargó. Al menos será en terrado con él. Procedan a cambiarle de caja.

Karla salió de la habitación. Acompañada de Abraham Wilmer.

—Alex...
—¿Si, Jonathan?

—¡Larguémonos de

aquí! ¡Ahora mismo!
Sandler parpadeó.

—¿Te has vuelto loco? Ya lo hemos conseguido. Se queda con el ataúd. Le sacaremos un buen pellizco.

Fox movió de un lado a otro la cabeza.
Vigorosamente.

—No me gusta... no me gusta esto. Aquí ocurren cosas extrañas. ¿Qué me dices de los cuervos? ¡Una manada de cuervos en el centro de la ciudad! ¡Revoloteando en torno a la casa!

—Estamos cerca del campo, Jonathan. También los cuervos tienen derecho a visitar la ciudad.
—Eres muy gracioso.

—No se me ocurre otra explicación. Terminemos cuanto antes y así dejarás de temblar. Te comportas como un niño.
—No me gusta el... ¿Qué haces?
Alex Sandler se había aproximado al ataúd atrapando al cadáver por los tobillos.

—Tenemos que cambiarle de caja, Jonathan. Yo por los pies y tú por...
—¡No cuentes conmigo!

—No seas idiota, Jonathan. Tenemos que hacerlo. ¡Ayúdame! Fox comenzó a rezongar.

No cesó en sus protestas hasta que terminó la operación de traslado. El cadáver pasó de un ataúd a otro.

Alex Sandler procedió a ordenar un poco las ropas del difunto. Alisando el pantalón, la elegante chaqueta y el desplazado nudo de la corbata de seda.
—¿Quieres un peine, Alex? Me parece que lo hemos despeinado un poco...
Sandler sonrió.

—Así me gusta, Jonathan. Que recuperes el sentido del humor.
—Larguémonos.

Alex Sandler retrocedió unos pasos.

—Está mucho mejor en nuestro ataúd, ¿verdad. Jonathan? Le favorece más. Está mucho más holgado.
—¡Larguémonos!

—De acuerdo, de acuerdo... No te pongas nervioso.
Abandonaron la estancia.
Justo en el momento en que Karla avanzaba hacia ellos.
—¿Ya está?

—Si. señorita Chaffey.

La mujer penetró en la habitación. Aproximándose al ataúd depositado sobre la mesa.

Douglas Chaffey había sido colocado con los brazos pegados al cuerpo. Sus manos extendidas. Las piernas juntas... Tal y como reposaba anteriormente.

Karla desvió la mirada hacia uno de los rincones de la estancia. Allí estaba el otro

ataúd.
—Pueden llevarse ése. No quiero dos ataúdes en la casa.

—No nos pertenece. ¿Por qué no avisa a la funeraria de Dawnsville? Filos pasarán a retirarlo y...

—No lo quiero aquí —interrumpió la mujer, secamente—. Llévenselo y hagan lo que les plazca con él. ¿Tienen ahí la factura?
Alex Sandler llevó su diestra al bolsillo interior de la chaqueta.

—Figura el costo inicial del ataúd de lujo, los gastos de almacén, los cuidados realizados y...

Sandler se interrumpió al oír unos precipitados pasos. Apareció el sirviente.

Visiblemente excitado. Se detuvo bajo el umbral.

—¿Ocurre algo, Haskin? —interrogó Karla con fría voz. El mayordomo tragó saliva.
—Es... está aquí... Es ella...

El rostro de Karla Chaffey se transfiguró. Apretó con fuerza las mandíbulas. A sus ojos asomó un destello de odio. Acentuado por la mueca que desdibujó sus facciones.

—Ella...

—Sí, señorita Chaffey —murmuró Haskin, con voz temblorosa—. Espera en el porche. No me he atrevido a permitirle el paso hasta saber...
Los labios de Karla esbozaron una dura sonrisa.
—Mal hecho, Haskin. Hazla pasar. Condúcela hasta aquí. Hasta esta habitación.

—Sí... sí, señorita...

El sirviente retrocedió a cumplir la orden. Alex Sandler carraspeó.
Con la factura en la mano.

Sin que Karla Chaffey hiciera ademán de recogerla. Incluso parecía ignorar la presencia de Sandler y Fox. Tenía los ojos fijos en la puerta abierta de la habitación.

Y de nuevo aquellos ojos brillaron con furia. Con odio.

Contemplando fijamente a la recién llegada. Una mujer de rubios cabellos. Muy joven.

De unos veintidós años de edad. De singular y extraña belleza. Sus largos cabellos rubios eran como finos hilos de oro que caían majestuosamente sobre sus hombros. Enmarcando un rostro de perfecto óvalo. Los ojos azules. Un azul muy claro. Casi transparente. Unos ojos de misteriosa mirada. Vagos. Sin brillo. Como los ojos de un ciego...

Lucía un vestido de tono oscuro. Sus juveniles formas apenas se marcaban bajo la tela. Sus manos aferraban un bolso de piel.

Nerviosamente. Aprisionándolo una y otra vez.

Los azules ojos de la muchacha contemplaron superficialmente a los perplejos Sandler y Fox para luego posarse en Karla Chaffey.

—Creí... creí que estarías sola, Karla. No he querido venir antes. He esperado a que terminara el duelo para...
—¿Para qué, Leila? —apremió Karla—. ¿Qué quieres?

—Yo... yo quiero testimoniar también mi pésame por la muerte de Douglas... Quiero que...

—¡Ya basta, maldita! —exclamó Karla, con un ímpetu que hizo respingar a Fox—. ¡Tú has matado a mi hermano! ¡Douglas murió en tu endemoniado castillo! ¡En ese caserón donde ejerces tu satánico poder!

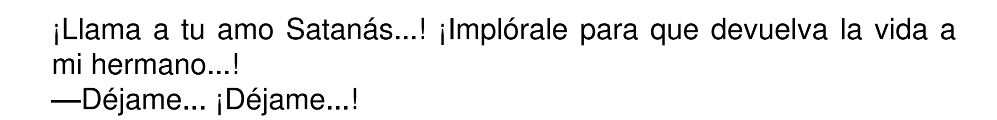
—Eso no es cierto, Karla. Yo no...

—¡Todos en Dawnsville lo saben! —gritó Karla, fuera de sí—. ¡Tienes contacto con los espíritus del Averno! Eres una discípula de Satanás. ¡Al igual que lo fue tu madre!

La joven comenzó a retroceder. Moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No... no es verdad...
Karla se abalanzó sobre ella.

Reteniéndola por el brazo derecho y empujándola hacia la mesa donde se hallaba depositado el ataúd.
—Te has atrevido a venir... ¡Pues bien, Leila...! ¡Ejerce de nuevo tu maligno poder!


¡Llama a tu amo Satanás...! ¡Implórale para que devuelva la vida a mi hermano...!
—Déjame... ¡Déjame...!

Llegó Abraham Wilmer alarmado por los gritos.
De inmediato pareció hacerse cargo de la situación.

—Por favor, señorita Chaffey... Déjela marchar.

—¡No...! ¡No saldrá de aquí! —vociferó Karla, con desencajado rostro—. ¡No sin antes invocar a Satanás para que devuelva la vida a mi hermano! ¡Hazlo, maldita! ¡Implora a tu dios Lucifer...! ¡Hazlo...!

—Yo... yo...

Karla empujó violentamente a la muchacha hacia el ataúd. Sin soltarla.
Obligándola a inclinarse sobre el cadáver.

—¡Invoca a Satanás...! ¡Al igual que hiciste para matar a mi hermano...! ¡Obedece...! La voz de Leila fue un susurro.
Apenas audible.
—Yo... yo... invoco a Satán...

—¡Para que retorne a la vida a Douglas Chaffey...!
—...Para que retorne a la vida a Douglas Chaffey...

—¡Eso es! —Karla soltó ahora a la joven—. ¡Ya te puedes marchar...! ¡Vete, maldito engendro de los infiernos...! ¡Y no vuelvas a pisar jamás la casa de los Chaffey! ¡Nunca...!

Karla Chaffey estalló en histérico llanto. Abraham Wilmer acudió junto a ella.
—Retírese a descansar... Necesita reposo... Yo la acompañaré...

Wilmer y Karla salieron de la habitación. También Leila.

Pálida como la azucena.
El sirviente la condujo hasta la salida.

Alex Sandler y Jonathan Fox quedaron solos. Estupefactos.
Aturdidos por aquella escena.

—¿Entiendes algo de esto, Jonathan?
—Seguro. Entiendo que hay que largarse.

Alex Sandler se inclinó para recoger el caído bolso de la muchacha.

—Ignoro qué ocurre, pero Karla Chaffey ha sido muy dura con esa muchacha. Es muy bonita, ¿verdad, Jonathan? Como un ángel.
Fox no hizo comentario alguno.
Sólo comenzó a castañetearon los dientes.

Sus ojos estaban fijos en el ataúd. En el cadáver de Douglas Chaffey. Contemplando alucinado la mano derecha del difunto.

Una mano blanca de extendidos dedos. Unos dedos que se comenzaron a curvar. Lentamente.

Muy lentamente...

CAPITULO VI

Alex Sandler encaminó sus pasos hacia la puerta.

—Espera aquí, Jonathan. Voy a tratar de localizar al tal Wilmer y hacer que pague la factura.
—A... A... Alex...

La temblorosa voz de Fox fue más bien un gemido. Sandler, ya bajo el umbral, giró sobre sus talones.

—¿Qué te ocurre, Jonathan? Fox quiso responder.

Se esforzó en ello.

Sólo movió los labios. Abriendo y cerrando la boca, aunque sin articular sonido alguno. Su rostro semejaba una máscara de cera. Los ojos desorbitados. Con la mirada fija en el interior del ataúd.

Sandler se aproximó. Chasqueó la lengua.

—Está bien... El nene tiene miedo de quedarse aquí solito, ¿no es eso? Okay. Puedes acompañarme, pero promete mantener la boca cerrada. No hables. El asunto está complicado y hay que actuar con mucho tacto.

—La... la mano...
—¿La mano? ¿Qué mano?

—La...la...la...

—Deja de cantar, Jonathan. ¿Sabes lo que voy a hacer? Te voy a soltar un trallazo para borrar tus estúpidos temores de una condenada vez.

—La mano del muerto —dijo finalmente Fox, sin apartar la mirada del ataúd—, la mano derecha de Douglas Chaffey... se... se mueve...

—
¿De
veras?
Sandler
sonrió.

Apoyándose en el ataúd.

Contempló la mano derecha de Douglas Chaffey. Estaba engarfiada. Los dedos curvados. Como si quisiera arañar el rojo terciopelo del ataúd.
—Mí... mírala...

—Eso hago, Jonathan; pero no la veo moverse. ¿Qué debo hacer? ¿Soplar? ¿Cómo es el truco?

—Tenía los dedos extendidos —tartamudeó Fox—. ¡Al igual que los de su mano izquierda. Yo contemplé cómo los dedos empezaron a curvarse. Muy despacio...

—Ya.

—¿No me crees...? ¡Maldita sea, Alex...! ¡Recuérdalo! ¡Tenía las manos extendidas! ¡Las dos!

—No me percaté de ello, Jonathan, pero una cosa es cierta. Este fulano está muerto. Poco importa que tenga una mano tiesa y la otra encogida. ¡Está muerto! ¿Entiendes? ¡Muerto!
—No... No lo está... Esa muchacha... esa tal Leila... Invocó a Satanás y...

—¡Al diablo contigo!
—Espera. Alex... ¡Espera!

Sandler abandonó la estancia a grandes zancadas. Haciendo caso omiso a la llamada de su compañero.

Jonathan Fox quiso seguirle, pero una fuerza misteriosa parecía retenerle en la habitación mortuoria.
Quedó junto al ataúd.

Contemplando aquella engarfiada mano. No.
Ya no se movía.

Jonathan Fox comenzó a sudar copiosamente. Víctima de una nueva sensación. Dominado por el miedo. No eran las manos de Douglas Chaffey. Seguían inmóviles.

Era otra cosa.

Fox tenía la extraña impresión de que alguien le estaba observando. De que unos ojos estaban fijos en él.

Y no había nadie más en la habitación. Sólo Jonathan Fox.

El... y Douglas Chaffey. El muerto.

Jonathan Fox fue desviando la mirada de la encorvada mano. Lentamente. Hacia el rostro de Douglas Chaffey. No contempló las rígidas y acartonadas facciones del muerto. Sólo los ojos.

Los ojos de

Douglas Chaffey. Abiertos.

Muy abiertos. Fijos en Fox.

Jonathan Fox sintió que sus piernas flaqueaban. Incapaces de sostenerle. Ya no era miedo, sino terror lo que le dominaba. Instintivamente se apoyó en el ataúd.

Y fue entonces cuando la diestra de Douglas Chaffey, con aquellos engarfiados dedos, se alzó hacia Fox.

Aferrándole por el brazo izquierdo. Jonathan Fox profirió un alarido. Aquel macabro contacto le hizo reaccionar.

Retrocedió violentamente zafándose de la mano del muerto. Giró con rapidez. Sin dejar de gritar.

—¡Está vivo...! ¡Está vivo...!

Alex Sandler salió de uno de los salones de la casa. En compañía de Abraham Wilmer.

Jonathan Fox vociferaba a lo largo del pasillo, por el hall... Con los brazos en alto. Corriendo de un lado a otro.

Sin cesar de aullar. Sandler le retuvo.

Zarandeándole por las solapas.

—¡Maldita sea, Jonathan...! ¿Te has vuelto loco?
—¡Está vivo, Alex...! ¡El muerto está con vida...!

—Te voy a...
—¿Qué significa...?

—No es nada, señor Wilmer —sonrió Sandler, forzadamente—. Mi... mi compañero sufre depresiones. Terminaremos nuestro negocio y le llevaré a casita.

—Me largó su zarpa, Alex —siguió Fox, con alucinado rostro—. Me atrapó... quería introducirme en su ataúd... ¡Tenía los ojos abiertos!
—¿De qué habla? —bizqueó Abraham Wilmer— ¿Se está refiriendo al señor Chaffey?
—¡Está vivo...! ¡Yo lo he...!

Alex Sandler empujó violentamente a su amigo.
—Okay, Jonathan. Adelante. Vamos a comprobarlo y así dejarás de hacer el idiota.

—¡No...! ¡Yo no vuelvo allí!

Alex Sandler se adelantó con paso presuroso. Seguido de Abraham Wilmer.

Llegaron a la habitación mortuoria. Deteniéndose bajo el umbral. Incapaces de seguir.
Paralizados por la sorpresa y el terror.

Douglas Chaffey estaba sentado en el interior del ataúd. Con los brazos extendidos. Pugnando por salir de aquel maravilloso ataúd de lujo.

CAPITULO VII

El doctor Walt Lanchester movió de un lado a otro la cabeza.
—Aún soy incapaz de comprender lo ocurrido. Incluso me resisto a creerlo.

—Tenía que haber estado aquí. Walt —murmuró Abraham Wilmer—, Fue... fue impresionante. Jamás lo olvidaré. Jamás conseguiré borrar de mi mente la imagen de Douglas Chaffey saliendo del ataúd.

Walt Lanchester sonrió.
—Muy comprensible. También usted estará muy impresionado, ¿verdad, señor...?

—Sandler. Alex Sandler. Y ciertamente lo estoy. Mi compañero Jonathan Fox ya había observado un leve movimiento en la mano derecha de Douglas Chaffey, pero no le hice caso. No podía imaginar...

—¿Dónde está su compañero?

—Espera fuera de la casa —sonrió Sandler—. No quiere volver por aquí. No comprende que todo lo ocurrido debe tener una explicación lógica, ¿no es cierto, doctor? Lanchester asintió.

Comenzó a pasear por el salón. Con las manos a la espalda.

—Si, la tiene. Debe tenerla. Yo soy el médico de los

Chaffey. Durante muchos años he tratado a la familia. Douglas Chaffey, a sus cuarenta años de edad, tiene un corazón normal; pero incluso los corazones fuertes son víctimas del infarto. Douglas Chaffey lleva una vida de continuo *stress.* Esto no es Los Angeles, aunque la responsabilidad de una industria tan poderosa como la Chaffey Company produce agotamiento físico a largo plazo. En más de una ocasión recomendé a Douglas Chaffey una temporada de descanso.

—Cierto —corroboró Abraham Wilmer—. También yo se lo insinué.

—Y jamás nos hizo el menor caso —prosiguió el doctor Lanchester —. Ahora hay problemas con el proyecto de ampliación de la Chaffey Company. Douglas sufrió un ataque al corazón. Ocurrió en... en la casa de los Morrow. Leila Morrow nos avisó ya demasiado tarde. Se perdió un tiempo precioso. Cuando Douglas Chaffey fue conducido a mi clínica, fallecía a los pocos minutos. Dado el carácter nervioso de Douglas Chaffey, y en previsión de un posible caso de catalepsia, quise cerciorarme.

Walt Lanchester hizo una pausa. Detuvo su deambular por el salón.

Apoyándose en uno de los muebles, continuó:

—En estado cataléptico, la respiración, al igual que el pulso, va disminuyendo hasta llegar al paro casi total, mientras que el cuerpo va adquiriendo la rigidez de la muerte, enfriándose y poniéndose lívido. Hasta hace algunos años hubo infinidad de casos en los que se enterraban a los catalépticos considerando que estaban realmente muertos. Actualmente se busca su reacción, en ocasiones infructuosa, por medio de estimulantes como el éter o el ácido acético aplicado a las fosas nasales, fricciones con linimentos apropiados, cargas de electricidad estática y galvánica... Todo ello lo probé con Douglas Chaffey. Sin que reaccionara. Puede que Douglas fuera víctima de la narcolepsia. Un mal

desconocido similar a la catalepsia.
—¿Por qué resucitó?

La pregunta de Abraham Wilmer hizo sonreír al doctor.

—¿Resucitar? No considero adecuada la palabra, Abraham. Sospecho que Douglas Chaffey fue víctima de la narcolepsia o una forma peculiar de la catalepsia que le originó un estado temporal que le originó un estado de paralización total. Pasado el ataque..., despertó. Afortunadamente a tiempo. Unas horas más y hubiera despertado bajo tierra. En un ataúd. La ciencia ignora aún muchas cosas. Resulta estremecedor pensar que muchos han sido, y son aún hoy, enterrados en vida.

Se abrió
la
puerta
del
salón.
Apareció
Karla
Chaffey.

El rostro de la mujer parecía transfigurado. El rictus de amargura ya no se reflejaba en sus facciones. Sus ojos tenían un nuevo brillo. También sus labios esbozaban una sonrisa.

Duerme con tranquilidad, Walt. Parecía querer hablarme, pero es incapaz de articular palabra alguna.

—Mañana estará perfectamente, Karla —respondió animosamente Lanchester—. No te preocupes. La inyección que le he suministrado le hará recuperar todas las facultades adormecidas por el... letargo. Puedes estar contenta. Ya no habrá funerales. Ha sido como un milagro.

Karla rió.
En nerviosa carcajada.

—¿Un milagro...? Sí, es posible. Un milagro del infierno.
—¿Qué quieres decir?

—Fue
Leila.
¡Ella lo

hizo!
Walt
Lanchester
parpadeó.

Contempló inquisitivamente a la mujer.
—No comprendo...

—Tú no estabas aquí, Walt, pero hay testigos de ello. Abraham, Haskin... También usted, ¿verdad, Sandler? Y su compañero. Todos estábamos en la habitación donde yacía Douglas. Yo obligué a Leila Morrow a implorar a Satán.

—¿Que tú...?

—Sí, Walt. Ella, con su maligno poder, originó la muerte de Douglas. ¡Y ella le devolvió la vida! Leila invocó a Satán para que retornara a la vida a Douglas Chaffey. Pronunció esas palabras, Walt. ¡Y pocos minutos más tarde mi hermano resucitaba!

El rostro de Walt Lanchester reflejó una mueca de incredulidad.

Desvió la mirada hacia los silenciosos Alex Sandler y Abraham Wilmer. Sólo el administrador de la Chaffey Company se decidió a hablar.

Con voz algo temblorosa.
—Es cierto, Walt. Así fue. Leila Morrow pronunció esas palabras.

—Eso es absurdo.
—Hubo algo más. Walt. Los cuervos.

—
¿Los
cuervos?
Wilmer
tragó
saliva.
Asintió con un movimiento de cabeza.

—Cuando... cuando fuimos en busca de Douglas... sobre el castillo volaban una veintena de cuervos, ¿recuerdas? También se presentaron esta noche, Walt. Aquí. Sobre la casa. Anunciando la visita de Leila.

—Todo eso son supersticiones, Abraham. Karla volvió a reír.
En desaforada carcajada.

—Sólo sé una cosa, Walt. Mi hermano estaba muerto. Tú mismo firmaste su defunción. Y ahora está vivo. Por mediación de Leila Morrow, la discípula de Satán.

Walt Lanchester tomó su maletín depositado sobre una de las sillas que adornaban el salón.
Dirigió una severa mirada a Karla Chaffey.

—Debo irme. Volveré mañana a primera hora. Douglas dormirá profundamente durante el resto de la noche. Te aconsejo que tomes tú también uno de tus tran-quilizantes, Karla. Lo necesitas. Buenas noches.

—También yo me retiro —decidió Abraham Wilmer—. Hasta mañana...

Los dos hombres abandonaron la estancia. Karla les siguió con la mirada.
Sin dejar de sonreír.
—Tienen miedo... Tienen miedo a la verdad.

—La historia es difícil de creer, Karla.

La mujer desvió sus llameantes ojos hacia Sandler. No pareció molesta por la familiaridad del tratamiento.
—Usted desconoce lo que ocurre, Sandler. Ignora quién es Leila Morrow.
—¿Por qué no me habla de ella?

—¿Hablas de Leila...? ¡Oh, no...! Y menos ahora. No es prudente. Por la noche es cuando Leila Morrow establece contacto con los

espíritus infernales. No temo a esa endemoniada, pero tampoco quiero provocar a las fuerzas del Mal.

—Yo no creo en espíritus. Karla.

—¿De veras...? ¿Ni tan siquiera después de lo que ha visto hoy? Tenga cuidado, Sandler. Adivino un tono burlón en su mirada. Yo me enfrento al poder infernal de Leila Morrow, pero no me burlo de él. Regrese a Los Angeles. Y llévese el ataúd de lujo. Douglas Chaffey ya no lo necesita.

Alex Sandler se incorporó del sillón.
Lentamente.

—Dejaré que opine el señor Chaffey. Es su ataúd. Ya ha sido... usado por él. Karla volvió a reír.

En estridente carcajada.
—Tiene razón... Espere.

La mujer acudió a un mueble del salón. Un artístico buró. Abrió uno de los cajones para extraer un talonario de cheques.
Escribió en uno de ellos.

—Aquí tiene, Sandler. Tres mil dólares. Por el ataúd y todo lo demás. Mañana mismo puede hacerlo efectivo en la Chaffey Company.
Alex Sandler contempló el papel.

Sin poder evitar una instintiva mueca.

Cheque a nombre de Alex Sandler. Personal e intransferible. Obligatoriamente efectivo en la pagaduría de la Chaffey Company de Dawnsville.

—¿No puede utilizar un talón bancario? Desplazarme otro día a Dawnsville me ocasionaría una gran pérdida de tiempo.

—No dispongo de talones bancarios —respondió Karla—. Pasen la noche en Dawnsville y mañana haga efectivo el cheque. El Raymond es un buen hotel. Rué ñas noches, Sandler. Comente a Todd Raymond, propietario del hotel, la buena nueva. Es un gran amigo de mi hermano.

Karla había pulsado un llamador. Acudió Haskin.

La sempiterna palidez de su rostro se había acentuado después de los acontecimientos ocurridos en la casa.

Alex Sandler guardó el cheque y, tras despedirse de Karla Chaffey con la mirada, siguió al mayordomo.

Bajo el porche de la casa respiró con fuera. Acusando la brisa de la noche. Agradeciendo aquel aire puro.
Muy distinto a la extraña atmósfera reinante en la mansión de los Chaffey.

Alex Sandler encendió un cigarrillo caminando por el Reid Center. Sus pasos resonaban sobre el asfalto. Rompiendo el silencio de la noche.

Jonathan Fox había desplazado el «Estate-Wagon» unas veinte yardas más abajo. Distante de la casa.
—Maldita sea, Alex... ¿Por qué has tardado tanto en salir?
Sandler sonrió ante el nerviosismo que todavía dominaba a su compañero.

—He hablado con el doctor Lanchester. El médico de los Chaffey. Todo tiene una explicación lógica, Jonathan. Douglas Chaffey sufrió un ataque de catalepsia.

—¿De veras? Pues muy bien. ¡Ahora larguémonos! Alex Sandler se situó al volante del vehículo. Jonathan Fox en el asiento contiguo.

—Echa un vistazo a esto, Jonathan. Le mostró el cheque.
Fox bizqueó.
—¿Te ha pagado el ataúd...? ¿Douglas Chaffey ha pagado el...?

—Su hermana. Douglas Chaffey está bajo los efectos de una inyección suministrada por el doctor. Mañana a primera hora haremos efectivo el cheque, Jonathan. Tenemos que pasar la noche aquí.

—¡No!
Sandler puso en marcha el auto.

—Deja de hacer el idiota, Jonathan. Todo ha salido bien. Cuando resucitó... bueno, quiero decir... cuando Douglas Chaffey despertó, nuestro plan se vino abajo; pero la euforia de Karla Chaffey ha sido nuestra salvación. Tres mil dólares, Jonathan. Pensaba sacar más del asunto, aunque tal como se han puesto las cosas me doy por contento.
—Douglas Chaffey puede hablar con su hermana. Si ella le comenta lo del ataúd, se

descubrirá que todo es un truco. Que Douglas Chaffey jamás encargó...

Sandler interrumpió a su compañero con un ademán.

—Ya te he dicho que Douglas Chaffey está bajo los efectos de un medicamento. Actuaremos rápido, Jonathan. Mañana a primera hora nos presentamos en la Chaffey Company, cobramos el cheque y nos largamos.

Fox movió la cabeza de un lado a otro. Con rostro compungido.

—Siempre se ha hecho lo que tú dices, Alex... pero por primera vez en tu vida...
¡Larguémonos de aquí!

—¿Desperdiciando tres mil dólares? Mañana es el único día, Jonathan. No podemos regresar dentro de una semana para hacerlo efectivo. Para entonces sí se habrá descubierto el truco. ¿Por qué no razonas? ¿De qué tienes miedo? Douglas Chaffey no ha resucitado. Ocurre que sufrió un ataque de catalepsia y...

—Esa joven... Esa tal Leila —interrumpió Fox, con débil voz—. Ella resucitó a Douglas Chaffey. Estoy seguro.

—Tonterías. Vamos a cenar, Jonathan. Una buena cena rematada con una botella de whisky que nos ventilaremos en el hotel, ¿de acuerdo?

—Está bien... Tú ganas. Una vez más.

—Magnífico. Anímate, Jonathan.

—¿Qué es eso, Alex?

Jonathan Fox tiró de algo que asomaba por uno de los bolsillos de la chaqueta de Sandler.

Era un bolso de piel. De reducido tamaño.

—¿El qué...? ¡Ah...! Ese es el bolso de Leila.

—¿Por qué te lo has llevado? Alex Sandler sonrió.

—Se le cayó a la muchacha en su forcejear con Karla. Vamos a devolvérselo, Jonathan. Quiero visitar el misterioso castillo de los Morrow.

CAPITULO VIII

Jonathan Fox profirió una soez maldición.

—Una magnífica cena... ¡Esto es un villorrio, Alex! ¡Un condenado villorrio! Sandler exhaló una bocanada de humo.
Ajeno al malhumor de su compañero.

—Todo está cerrado, Jonathan. Aún no se conoce la grata noticia. Siguen guardando luto por Douglas Chaffey. El snak de la gasolinera es lo único que hemos encontrado abierto.

—La suela de mi zapato es mejor que este filete de carne. ¡Al diablo con él! —Fox apartó bruscamente el plato—. ¿Por qué no nos largamos al hotel, Alex?

Se escucharon airadas voces en la puerta de entrada al local. El empleado del snak trataba de impedir el paso a un individuo.
—¡Fuera de aquí, Peter...! No puedo servirte ni un solo trago. ¡El bar está cerrado!
—Deja que...

—¡No, maldita sea...! ¿Lárgate, Peter!

Quien pretendía entrar era un individuo de avanzada edad. Un anciano de más de setenta años de edad. Empujaba la puerta con un vigor impropio de su edad, pero fue finalmente rechazado por el empleado que logró cerrar la puerta y pasar el cerrojo.

—Condenado viejo...

El empleado retornó tras el mostrador.
Jonathan Fox estaba olfateando el aire. Arrugando la nariz.

—¡Infiernos...! ¿A que huele aquí? El

empleado
sonrió.

—Se trata de Peter Crothers. Se dedica a recoger desperdicios con su camión. Apenas asomar en un sitio deja su peculiar aroma.

Fox desmontó del taburete.

Con una expresiva mueca refilada en el rostro.

—Yo me voy al hotel, Alex. Ya es suficiente por una noche. Tú puedes quedarte o hacer lo que quieras.

—Espera... También yo he terminado —Sandler rebuscó en los bolsillos—. Oiga, amigo... Deme una botella de whisky.

Abonó la consumición.

Con la botella de whisky bajo la axila izquierda, abandonó el local. En compañía de Fox.

Cruzaron la calzada en dirección al aparcado Estate-Wagon.

—¡Eh, Alex...! ¿Qué haces ahora?

Sandler no se había detenido ante el auto. Siguió avanzando por la calzada.

Avanzando hacia un destartalado camión estacionado a poca distancia. La pestilencia que emanaba del vehículo dominaba gran parte de la calle.

El anciano estaba sentado en el pescante.

Mascullando ininteligibles palabras.
—Buenas noches, abuelo.

El anciano alzó la cabeza. En su rostro se acentuaron las marcadas y ensortijadas arrugas. Sus ojos, redondos y pequeños, brillaron con fuerza al descubrir la botella de whisky portada por Sandler.

—Hola, hijo. ¿Qué se te ofrece?

—Buscamos el Raymond Hotel. El anciano hizo una mueca.
Soltó un salivazo por la comisura de los labios.

—Forasteros, ¿eh? —dijo al contemplar la llegada del rezagado Fox —. Aceptar el consejo de un viejo. No ir al Raymond. Hay otros hoteles en Dawnsville. No tan confortables como el Raymond, pero si de más confianza. Todd Raymond es un hijo de perra. Todo Dawnsville está habitado por hijos de mala madre.

—¿Incluido Douglas Chaffey?
El anciano empequeñeció aún más los ojos.

—¿Douglas Chaffey...? Dios me perdone, pero celebro su paso al infierno. Douglas Chaffey era el gran bastardo de Dawnsville. Lo fue en vida y lo es ahora después de muerto. ¡Todos los establecimientos de bebida de Dawnsville cerrados...! ¡Todos en luto por Douglas Chaffey...! ¡Maldita sea su estampa! No he podido tomar un trago en todo el día.

—Eso tiene fácil solución, abuelo —dijo Sandler, descorchando la botella—. Nos ventilaremos esta botella entre los tres, ¿de acuerdo?

El anciano no respondió. Había alargado su

diestra.

Una arrugada mano que se apoderó ávidamente de la botella aplicando el gollete a los labios.

Tras beber largamente, dejó escapar un sonoro erupto. Sonrió feliz.
—Gracias, hijo... Me llamo Peter Crothers. Desde este momento te debo la vida.
—Yo soy Alex Sandler. Este es mi amigo Jonathan. Estarnos en Dawnsville de paso.

—Muy inteligentes. Nadie permanece más. de veinticuatro horas en Dawnsville. Esta es una ciudad maldita, aunque espero que, con la muerte de Douglas Chaffey, mejore la situación.

—Tengo una mala noticia que comunicarte, abuelo. Douglas Chaffey está vivo. Peter Crothers rió. Cascadamente.

—Durante el día de hoy todo Dawnsville ha desfilado por la mansión del Reid Center. Todos muy apesadumbrados a dar el pésame y a contemplar el fiambre. Yo no he ido. Yo no soy hipócrita. Sí me han informado que Douglas Chaffey estaba dentro de un ataúd. Muy tieso, muy quieto... muy muerto.

—Hace menos de una hora que volvió a la vida. De seguro la noticia ya está siendo divulgada entre los allegados a la familia. Pronto será del dominio público.

—Lo resucitó Leila —dijo Jonathan Fox. La sonrisa se borró del rostro del anciano.

Contempló alternativamente a Sandler y Fox. Con semblante ensombrecido.

—No me gusta cierto tipo de bromas. Ni tan siquiera a cambio de un trago.

—No estamos bromeando, abuelo —afirmó Sandler—. Douglas Chaffey no estaba muerto. Sufrió un ataque de catalepsia.
—¿Cata... qué?

—Catalepsia, narcolepsia o algo parecido. El tipo se queda como muerto, pero no lo está. El doctor Lanchester dice que...

—He visto pasar al doctor en dirección a la casa —interrumpió el anciano—. ¿Es... es cierto? ¿Vive Douglas Chaffey?
—Sí, abuelo.

Peter Crothers alargó de nuevo la diestra. Volvió a aplicar el gollete de la botella a los labios.

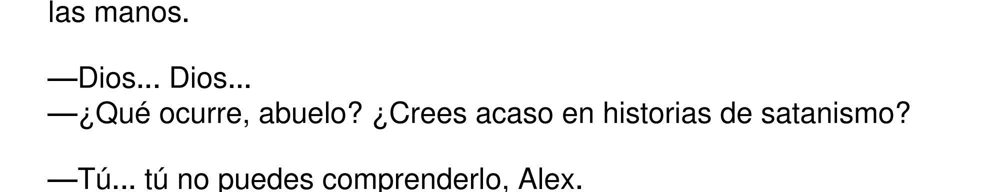
Ahora, con un trago aún más prolongado que hizo descender considerablemente el nivel del liquido.
—Es... es increíble...

—Dímelo a mí —rezongó Fox, haciéndose cargo de la botella—. Yo estaba junto al ataúd cuando Douglas Chaffey comenzó a moverse.
—¿Por qué has mencionado a Leila?
—Fue ella la que resucitó a...

—No digas tonterías, Jonathan —cortó Sandler—, Te explicaré lo ocurrido, abuelo. Alex Sandler narró lo acontecido en la casa.

La llegada de Leila Morrow, su enfrentamiento con Karla, sus palabras invocando a Satán y el posterior despertar de Douglas Chaffey.

El rostro de Peter Crothers estaba demudado. Comenzó a acusar un visible temblor en



las manos.

—Dios... Dios...
—¿Qué ocurre, abuelo? ¿Crees acaso en historias de satanismo?

—Tú... tú no puedes comprenderlo, Alex.
—Adelante, Peter. Tengo tiempo para aprender.

Los ojos del anciano se posaron en Sandler. Unos ojos nublados. Conteniendo con dificultad las lágrimas.
—¿Quién eres? ¿Quiénes sois vosotros dos? ¿Qué relación os une con los Chaffey?

—Ninguna. Llegamos aquí con el único objetivo de timar unos miles de dólares a los Chaffey. Me ha impresionado Leila Morrow. Y me gustaría conocer su historia.
—Yo no tengo interés alguno en...

—Tú cierra la boca, Jonathan —interrumpió Sandler—. Adelante, abuelo. ¿Qué ocurre con Leila Morrow? ¿Qué hay de cierto en la acusación lanzada por Karla Chaffey?
El anciano bajó la mirada
Su voz fue un susurro apenas audible.

—Es... es cierta. Leila está poseída por Satán.

* * *

Peter Crothers se aclaró la voz con un enésimo trago de whisky.

—Yo llegué a conocer al primero de los Morrow, aunque mi recuerdo de él es muy vago. Por aquel entonces yo era un niño. Con su hijo sí mantuve una buena amistad duradera. Con Donald Morrow. Harold Morrow, el padre de Donald, llegó procedente de Inglaterra. Se estableció en California. No por su aureola de tierra dorada. Harold Morrow, contrariamente a la mayoría de emigrantes, no llegó cautivado por la llamada del oro. Se instaló en Dawnsville ya con los bolsillos repletos. Era conde o algo asi. Un aristócrata inglés obligado a huir de su país por oscuros motivos. En Dawnsville, cuanto esto era un grupo de contadas casas, adquirió las mejores tierras. Todo el valle respaldado por el desfiladero. Allí alzó su castillo.

El anciano chasqueó la lengua.

Contempló la botella de whisky retenida entre sus manos. Ya no la soltaba.

Prosiguió con voz algo cascada.

—Sí. hijos... Harold Morrow hizo construir un castillo. Con el emblema de los Morrow: un cuervo.

—¡Un cuervo! —exclamó Fox. Peter Crothers le dirigió una mirada.

—¿Ocurre algo?

—Nada, abuelo —dijo Sandler—. Sigue.

—Harold Morrow tenía un carácter huraño. Muy poco sociable, pero jamás dio motivo de habladurías en Dawnsville. Contrajo matrimonio con una mujer del pueblo. De la unión nació Donald... y murió la madre. Aquello afectó mucho a Harold. Se encerró en el castillo y apenas salía de él. Falleció cuando Donald contaba unos veinticinco años de edad. El joven Morrow se decidió por abandonar el valle. No le gustaba vivir en aquel castillo apartado de Dawnsville. Se hizo construir una bonita casa. Aquí. En Dawnsville. Marchó a Inglaterra un verano. Y regresó casado. Con una tal Jessica Nort.

El anciano se reclinó apoyando la espalda en la portezuela del camión. Respiró con fuerza.

Ajeno al hedor envolvente.

—Jessica... Jessica Morrow... La mujer más hermosa que jamás vieron mis ojos. La mujer más bella... y la más malvada. Convirtió a Donald en un pelele. En un muñeco sometido a sus caprichos. Quiso vivir en el castillo del valle. Y Donald consintió en ello. Aquél fue su grave error. Jessica descubrió unos libros secretos. Unos libros que hablaban del origen del condado de los Morrow. Del condado de El Cuervo. La saga de los Morrow, allá en Inglaterra, se inicia con un tal Jason Morrow. Un hombre que había adquirido su poder, merced a Satán. Un hombre que murió en la hoguera condenado por brujería y satanismo. De ese pasado llegó Harold huyendo. Y Jessica lo resucitó. Aquellos libros satánicos la enloquecieron. Comenzó a realizar prácticas de brujería, organizando orgias, llamando a las sectas satánicas que proliferan en California... Donald fue incapaz de impedir todo aquello. Si antes era un pelele dominado por la belleza de Jessica, ahora era dominado también por su poder.

—¿Qué poder, abuelo? Crothers esbozó una sonrisa.

—No crees en los espíritus infernales, ¿verdad, Alex? Tampoco yo creía en ellos, pero una vez presencié la más demoníaca de las orgías. En pleno valle. Un aquelarre capitaneado por Jessica. Jamás lo olvidaré... Jamás... Y sólo recordarlo me hace estremecer. El Diablo ejerce su poder, hijo. En eterna lucha con los espíritus del Bien. Las fuerzas vivas de Dawnsville emprendieron la acción. Contra todos aquellos desmanes. Jessica Morrow fue internada en un manicomio. Y allí dio a luz. Ingresó embarazada. Fue decisión de Donald el internarla. El saber que iba a ser padre le infundió valor. Encerró a Jessica. No le resultó difícil. Jessica estaba realmente loca. Su mente enfermó con aquellos libros. Donald se hizo cargo de la pequeña. Apenas nacer. Le fue impuesto el nombre de Leila. Una muchacha que heredó la belleza de su madre.

—¿Sólo la belleza?

El anciano ignoró deliberadamente la pregunta de Sandler.

—Jessica murió en aquel manicomio. Donald Morrow falleció cuando su hija Leila contaba diecisiete años de edad. Leila cursó estudios en diferentes colegios de California. Tras la muerte de su padre, se instaló definitivamente en Dawnsville. En la casa de la ciudad. Leila era una muchacha alegre, dinámica, feliz... Todo parecía ir bien... hasta hace un año. Empezaron a suceder cosas. Un comportamiento extraño en Leila. La gente empezó a murmurar. Se habló de que Leila había heredado la locura de su madre. La locura... y su satanismo. Yo hablé con Leila. Soy un buen amigo de ella. Y Leila me confesó que, en efecto, le sucedían cosas extrañas. Los muebles cambiaban solos de lugar, desaparecían cosas, escuchaba voces...; pero eso sólo le ocurría al visitar el castillo.

—¿Por qué no vende ese maldito castillo? —preguntó Fox.

—No puede hacerlo. Según el testamento de Donald, el valle no puede ser vendido. Debe pasar de padres a hijos. Sí puede destruir el castillo. Convertirlo en un montón de cenizas. Posiblemente lo haga. Así se lo he aconsejado.

—Será la mejor solución —dijo Fox.

—Leila quiere pasar primero por la gran prueba. Lo decidió hace una semana. Cuando llegó su prima Janet Nort, de Inglaterra. Hija de una hermana de Jessica. Es su único familiar.

—¿Qué prueba es?

—Leila quiere saber si está realmente loca o no. Si existe algún extraño y maligno poder sobre ella. De ahí que haya decidido habitar en el castillo. Lleva ya tres días pernoctando en él.

—¿Con su prima Janet? —interrogó Alex Sandler. El anciano hizo una mueca.

—No... La tal Janet sólo aguantó el primer día. Escapó horrorizada. Afirmando que el espíritu de su tía

Jessica se le había aparecido. Leila está ahora allí. En el castillo. Sola. Peter Crothers enmudeció.

También Sandler y Fox quedaron en silencio. Impresionados por la narración del anciano.

—¿Por qué la acusan de la... «muerte» de Douglas Chaffey?

—Douglas Chaffey fue al castillo. Quería entrevístarse con Leila. Asunto de negocios. Chaffey quiere ampliar su fábrica de conservas y necesita imperiosamente el valle. Ignoro qué

trato le proponía a Leila, pero ella se negó. Chaffey debió sufrir un ataque al corazón. Leila tomó el auto y se desplazó a Dawnsville en demanda de auxilio.

—¿No dispone de teléfono en el castillo?
En el rostro del anciano volvió a reflejarse una compungida mueca.

—Si. Leila quiso telefonear a la clínica del doctor Lanchester, pero el teléfono no funcionaba. Cuando acudieron al castillo, se comprobó que el teléfono sí funcionaba. De poco sirvió que Leila jurara que, cuan do ella intentó comunicar, el aparato no daba señal alguna. Son muchas cosas las que contribuyen a formar esa aureola de satanismo en torno a Leila.

—¿Dónde está el castillo, abuelo?
—¿Para qué quieres saberlo?

—Tengo algo que pertenece a Leila —respondió Alex Sandler—. Y quiero devolvérselo. Ahora.

Peter Crothers bizqueó.
—¿Te... te atreves ir ahora? ¿En plena noche?

—Sólo tienes que indicarme el camino, abuelo.

El anciano desvió la mirada hacia el pálido Jonathan Fox.
—¿También tú vas a ir?

Jonathan Fox fue incapaz de responder.

CAPITULO IX

Siguiendo las indicaciones de Peter Crothers, fue fácil dar con el castillo. A poco más de una milla de Dawnsville.
En el valle.

Era en efecto un castillo. Destacando fantasmal entre las sombras de la noche. De planta octogonal. No había rastrillo ni puente levadizo, sino una pesada puerta principal. En lo alto, sobresaliendo de la construcción, se alzaba la atalaya. En la parte lateral izquierda, el matacán con ladrillo rojizo. Las almenas aparecían cubiertas.

Un camino conducía hasta el pie del castillo.
Un camino sin asfaltar.

Alex Sandler detuvo el auto a poca distancia de la pesada puerta de entrada al castillo. Algunos ventanales se veían iluminados. Una luz que quebraba la penetrante oscuridad de la noche.

—Me has sorprendido, Jonathan —sonrió Sandler abriendo la portezuela del auto—. Ciertamente esperaba que te quedaras en Dawnsville.

Fox descendió también del Estate Wagon.
Instintivamente se estremeció.

Presa de un súbito frío. No motivado por la apacible noche, sino por la proximidad del siniestro castillo!
Sí.
Tenia algo de siniestro.

Un halo maligno parecía flotar sobre aquellas grises almenas donde la tenue brisa del viento originaba extraños y silbantes sonidos por entre los recónditos muros.

—Yo temo a los muertos, pero no a los vivos.

—Eres un valiente,

Jonathan.
Fox
arrugó la
nariz.
Consciente de la ironía de su amigo.
—Le entregamos el bolso y nos vamos, ¿eh, Alex?

—Por
supuesto.
Avanzaron
hacia el
castillo.

Alex Sandler no llegó a alzar la gruesa
aldaba de la puerta. Antes sonó la voz
femenina.
A través de una mirilla.
—¿Quién es?

Sandler descubrió lo que la oscuridad de la noche no le había permitido ver con anterioridad. Se había iluminado un foco. Desde lo alto de la puerta. Bajo las almenas. Había una pequeña puerta de acceso. Construida sobre la pesada puerta principal. Allí estaba la mirilla.

—Buenas noches, Leila —respondió Alex Sandler, con cordial voz—. Somos amigos. Traigo tu bolso. Te quedó en casa de los Chaffey.

La pequeña puerta
de acceso se abrió.
Muy lentamente.

Asomó el rostro de Leila Morrow. Reflejado en sus azules ojos un ligero temor. Contempló al sonriente Sandler que portaba el bolso en sus manos.

—Hola, Leila. Soy Alex Sandler. Este es mi compañero Jonathan... ¡Eh, Jonathan! ¿Dónde estás?
Fox, prudentemente rezagado, se aproximó forzando una sonrisa.
—Ho... Hola...

La muchacha tendió su diestra para recuperar el bolso. Se adivinaba sorprendida por la visita.
—¿Quieren... quieren pasar?

—Encantados. Adelante, Jonathan. El estupor se acentuó en Leila.

Había formulado la invitación por mera cortesía. Convencida de que iba a ser rechazada. De ahí su perplejidad al ver entrar a los dos hombres.

Al fondo, se divisaba el extenso patio interior del castillo. Una escalinata pegada al muro conducía a las almenas. Una artística arquería circundaba interiormente el recinto. Anchos corredores, arcaico mobiliario... Los adelantos de la civilización, exceptuando la luz eléctrica y los cables telefónicos, estaban ausentes del castillo. Incluso se acusaba una cargada atmósfera gélida. Las puertas chirriaban. El polvo formaba finas capas en algunos de los rincones. La humedad clásica de las casas deshabitadas se hacía sentir.

Por uno de aquellos corredores pasaron a un espacioso salón. Una hoguera crepitaba en la chimenea.
El vetusto mobiliario, aunque regio y sumamente valioso, dominaba también en la sala.
—Disculpen este abandono... No habito con frecuencia en el castillo.

—Puedes tutearnos, Leila —dijo Sandler—, No estamos vinculados a los Chaffey. Somos forasteros en Dawnsville. Nuestra presencia en casa de los Chaffey es motivada por negocios.

—Ahora comprendo...
—¿El qué, Leila?

En el bello rostro de la muchacha se reflejó el esbozo de una sonrisa.

—No os han hablado de mi, ¿verdad? Así se explica vuestro valor en acudir al castillo. En plena noche. Soy una bruja. Un ángel del infierno.

Alex Sandler entornó los ojos. Fijos en Leila.

En la singular belleza de aquel rostro enmarcado por rubios cabellos. En el arcano azul de sus ojos. En la curva de sus carnosos labios húmedos...

—No tengo ninguna duda, Leila. Eres un ángel. La joven amplió la sonrisa.

—Celebro vuestra visita. Puedo ofreceros brandy. Es la única bebida que queda. Mi padre hizo vaciar la bodega del castillo.

—Tomaremos brandy, ¿verdad, Jonathan? Fox asintió con un movimiento de cabeza. Sin despegar los labios.

Leila acudió a uno de los muebles del salón. Sirvió dos copas de excelente brandy. Dedicó una sonrisa especial a Fox.

—Empiezo a sospechar que sí os han hablado de mí, ¿no es cierto, Jonathan? Lo adivino en tu mirada. Estás deseando marchar de aquí.

—Yo... yo no...

—Nos han contado toda tu historia, Leila —dijo Sandler—. Un buen amigo tuyo. El viejo Peter Crothers. El nos indicó el camino hasta el castillo.

—¿Por qué, Alex? ¿Por qué ese interés en verme? No fue simplemente por devolverme el bolso.

—Somos unos entrometidos —murmuró Fox, vaciando la copa de brandy. Sandler rió divertido.

—Jonathan tiene razón. Somos unos entrometidos, pero no es ése el verdadero motivo. Al menos en mi caso. Yo estoy aquí por ti, Leila. Me he enamorado de ti. Con sólo mirarte. Con sólo ver tus ojos. Y quiero ayudarte.

Leila sonrió. Algo turbada.

—Eres muy gracioso, Alex.
—No estoy bromeando.

La sonrisa desapareció del rostro de la muchacha. Acudió junto a Sandler. Aferrándole con ambas manos por el brazo.

—¿Es cierto eso...? ¿Quieres ayudarme...? ¡Oh, Dios...! ¡Quédate aquí...! Sólo esta noche... Necesito... necesito saber si estoy loca o no... si soy... si soy un ángel del infierno...

¡Por favor...!
—Tranquilízate, Leila.

—Os pagaré. Puedo pagaros generosamente. ¡Mil dólares por casa noche!
—¡Eh, Alex...! No se te ocurra...

Sandler hizo caso omiso a

la voz de su amigo. Sólo
tenía ojos para Leila.
—¿Qué tratas de demostrar. Leila? ¿Por qué te encierras en el castillo?

—Me... me acusan de brujería... de satanismo... Y yo... yo sufro alucinaciones. Puede que sean realidad... Necesito encontrar una respuesta. Necesito saber si todo cuanto me ocurre es real... Me acusan de provocar la muerte de Douglas Chaffey. Piensan presentar denuncia contra mi. Yo intenté telefonear desde aquí en demanda de auxilio para Douglas Chaffey, pero el teléfono no funcionaba. Luego... luego se comprobó que no había tal avería...

—No te preocupes por Douglas Chaffey —dijo
Fox—. Ha resucitado. Leila agrandó los ojos.

Pálida.

Comenzó
a
temblar.
Convulsiva.
—No... no es cierto...

Y
entonces
ocurrió.
Súbitamente.

En la chimenea.
Unos roncos sonidos. Unos desgarradores graznidos. Un agitado revolotear. Empezaron

a surgir los cuervos. Por la chimenea. Muchos de ellos cayeron en las llamas. Otros las esquivaron, espantados, iniciando un desenfrenado revolotear por el salón.

En lastimeros graznidos.
En un alucinante e infernal crocitar.

* * *

—¡Maldita sea tu estampa, Alex...! ¡Me tienes harto! ¡Jamás volveré a hacerte caso! Habíamos quedado en entregarle el bolso y largarnos. ¡No se habló de dormir aquí! ¡En el castillo!

—No seas desagradecido, Jonathan. Fíjate en la habitación... en esa cama... ¡Digna de un rey!

La habitación era señorial. Con gruesos cortinajes en el ventanal. Artística cama con dosel.
—¡No me gusta!

—Sólo será esta noche, Jonathan. No podemos dejar sola a Leila. Piensa en lo que ahorramos de hotel y te quedarás más tranquilo.
—¡Alex...!

Sandler ya había abandonado la habitación. Ignorando la llamada de su amigo.

Se encontraban en el ala oeste del castillo. En la planta superior. El emplazamiento de los suntuosos dormitorios.

Avanzó por el corredor deteniéndose frente a una de las puertas.

Golpeó con los nudillos para seguidamente, sin esperar autorización, empujar la hoja de madera.
Era la habitación de Leila.

La muchacha estaba sentada frente al *boudoir.* Cepillando sus largos cabellos de oro. Giró para posar su mirada en Sandler.
—¿Cómo ha reaccionado?

—¿Jonathan? Magníficamente. Le he dejado entusiasmado con la habitación. Leila sonrió levemente.
—Lo dudo. Mientras te ayudaba a arrojar los cuervos, no hacía más que maldecir.
—Es su carácter.

—Alex...
—¿Sí?
—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me ayudas?

—Mil dólares es una buena razón.
—No te creo.

Alex Sandler se aproximó a la muchacha. Se sentó junto a ella. Compartiendo la butaca. Percibiendo el cálido contacto con el muslo femenino.

Se inclinó besándola en la boca. Muy suavemente.

—Ya te lo he dicho, Leila. No he visto jamás una mujer como tú. Me he enamorado de ti. Así de sencillo. También influye mi espíritu aventurero. Soy un paladín defensor de las damas.

—Puede que no necesite defensa, Alex. Tal vez sea en verdad un... un ángel del infierno. Un espíritu maligno que acabe contigo.

—Correré el riesgo. Y ahora procura dormir. Yo ocupo la habitación contigua y...

—No... aún es pronto...

—De acuerdo. Entonces quiero que me respondas a algunas preguntas. ¿Qué ocurrió con Douglas Chaffey? ¿Fue aquí? ¿En el castillo?

—Si... En el salón principal. Yo había pasado la noche en el castillo. Una noche horrible. Alucinante. Atormentada por voces misteriosas, llamadas, ruidos, sombras, apariciones...

Estaba muy alterada. Se presentó Douglas Chaffey de buena mañana. Una vez más para hablarme del valle. El necesita gran parte del valle. La factoría se ha quedado pequeña. Encajonada y distante del ferrocarril. La prosperidad acusada por la Chaffey Company requiere urgentemente esa ampliación.

—Tú no puedes vender el valle.

—No. El testamento de mi padre lo prohíbe. El amaba el valle. Al igual que yo. En el valle habitan infinidad de familias trabajando para mi. Pequeñas granjas de cultivo. Aunque ahora... ahora ya no están. Han abandonado sus casas. Atemorizados por fantasmas que vagan por el valle. Procedentes del castillo.

—¿Qué quería Chaffey?

—Que le cediera el valle. Un contrato. Una especie de alquiler. Lleva un año insistiendo en ello. Me negué desde el principio. No puedo permitir que el valle, un auténtico jardín del paraíso, se convierta en fábrica conservera.

—¿Tienes hecho testamento, Leila? ¿Quién hereda ría el valle en caso de tu muerte?

—Yo... yo no he hecho testamento. Mi padre dejó estipulado que, en caso de mi fallecimiento, sin haber contraído matrimonio ni tener descendencia, el valle sería administrado por un grupo financiero y los

beneficios destinados a obras sociales. Sin que fueran expulsados los granjeros. Sin que jamás fuera vendida la propiedad. Mis hijos heredarían el valle. También sin posibilidad de venderlo. Sin embargo...

—Sigue, Leila.
La muchacha inclinó la cabeza.

—Mi... mi padre añadió una cláusula a su testamento. Sólo yo, y por supuesto el notario, estoy al corriente de ella. Dice que... que en caso de demencia, si yo soy internada en un centro psiquiátrico, el valle pasará a propiedad de mi familiar más cercano. Si careciera de él, el grupo financiero podría vender el valle y repartir el dinero en instituciones benéficas.

—No hay duda de que cuando tu padre añadió esa cláusula pesaba sobre él la pesadilla vivida junto con su esposa Jessica.

—Sí... Me han contado cosas horribles de mi madre. Me resisto a creerlas. Sé que... que no era buena, pero la fantasía popular le achaca verdaderas monstruosidades. Mi padre amaba el valle, pero ante el temor de que yo me convirtiera en... en otra Jessica; prefirió desprenderse de él mediante esa cláusula.
—¿Quién es tu familiar más cercano? ¿Esa prima de Inglaterra?

—Sí. Mi único familiar. ¡Pero yo no estoy loca,
Alex...! ¡No voy a ser internada en un manicomio...! ¡Yo no...!

La voz de Leila se quebró en angustioso llanto. Alex Sandler abarcó entre sus brazos a la joven. Besó los rubios cabellos femeninos.

—Por supuesto que no estás loca, Leila. Todo cuanto te sucede es una horrible pesadilla. Yo te ayudare a superarla y...

Algo
interrumpió
a
Sandler.
Un grito.
Un desgarrador alarido.
Era Jonathan Fox quien gritaba.

Como si fuera atacado por una legión de demonios.

CAPITULO X

Jonathan Fox aplicó el pasador de hierro de la puerta.

No había llave en la cerradura, pero aquella barra era más que suficiente para bloquear la puerta.

El mobiliario de la habitación estaba protegido con blancas sábanas. Las sillas, el *boudoir,* el armario, las mesas de noche...
Eran como fantasmas.

Jonathan Fox procedió a quitar aquellas sábanas que fue arrojando en un rincón de la estancia.
Respiró con fuerza.

Satisfecho por el nuevo aspecto de la habitación. Con los muebles descubiertos. Sin aquellas fantasmagóricas siluetas.

Fox se haba despojado de la chaqueta. Pero continuaba sudando.

Un
sudor
frío.
Húmedo.

Se desabotonó la camisa.

Jonathan Fox, interiormente, reconoció lo absurdo de su comportamiento. Era ridículo temer a los espíritus. Los fantasmas no existen. Todo es producto de la imaginación. Al igual que las historias de brujería y satanismo.

Sí.

Ridículo.
Eso
es.

Fox trataba de mental izarse con aquellos animosos pensamientos, pero continuaba sudando como un condenado.

Acudió al lecho dejándose caer pesadamente. No se desnudó.

Ý mucho menos apagó la luz. No iba a dormir.
No podría aunque lo intentara.

Comenzó a silbar. Con la mirada fija en el techo. En el dosel de la cama. Fue entonces cuando descubrió la araña.

Una araña de curvadas patas y gruesa panza. En una de las columnas del dosel.

Jonathan Fox sonrió.
Ya tenía entretenimiento.

Se incorporó sentándose en el lecho procediendo a quitarse uno de los zapatos. Al levantarse con el zapato en la diestra, se apagó la luz.

Fox quedó rígido. Con el brazo en alto. Como una estatua.

El sudor se acentuó perlando su rostro. La oscuridad era total.

Reaccionó aproximándose a la mesa de noche. Allí estaba la lámpara. Y el interruptor. Tanteó hasta dar con él.

Iluminó la habitación.
La araña había desaparecido.

Jonathan Fox hizo una mueca dejándose caer nuevamente en el lecho. Y al instante volvió a eclipsarse la luz de la lámpara.

Una soez maldición brotó de Fox. Alargó su diestra.

No llegó a tocar el interruptor. Quedó paralizado al oír la voz.

Una voz femenina. Tenue. Lejana. Como procedente del más profundo de los pozos. Una voz susurrante.

—Jonathan... Jonathan...

Fox tenía los ojos como platos. Desorbitados por el miedo.

—¿Quién... quién es? —logró articular, con gran esfuerzo. Ninguna respuesta.

Ahora escuchó un respirar. Un entrecortado

respirar.
Jadeante.

Se encendió la luz.

Y Jonathan Fox saltó del lecho. Como picado por un escorpión. Dirigió una rápida mirada a izquierda y derecha.

No había nadie en la habitación.
Estaba solo.

Jonathan Fox sacudió con fuerza la cabeza. Lo había imaginado.
Había imaginado aquellas voces, sin embargo...

Fox deslizó los cortinajes descubriendo las cerradas contras de la balconada. Las abrió. De nuevo respiró con fuerza percibiendo la brisa de la noche. Se asomó a la artística balaustrada.
—¡Mi madre...!

La exclamación de Jonathan Fox fue motivada por la visión del panteón. El ventanal daba a la parte sur del castillo.

Y allí, cercado por fantasmales árboles, estaba el panteón. Sin duda allí reposaban los restos mortales de Donald y Jessica Morrow.

Un panteón de níveo mármol.

Y de aquellas blanquecinas piedras surgió la sombra. Una figura negra. Encapuchada. Con una larga túnica. En su diestra un descomunal cuchillo. Una ancha y afilada hoja que destelló en la oscuridad.

Fox respingó retrocediendo de un salto.

Cerró precipitadamente las contras de la ventana aferrándose a los cortinajes.
—Jonathan...

Fox, de no estar sujeto a los cortinajes, hubiera caído redondo.

La voz había sonado a su espalda. Susurrante.

Fox quedó sin respiración.

Así pudo oír perfectamente aquel entrecortado jadear. Y de nuevo la voz femenina.
—Jonathan...
Fox giró.

Enfrentándose alucinado a la mujer. Allí estaba.

En el centro de la habitación. A los píes del lecho. Con sus largos cabellos rubios cayendo sobre sus hombros. Protegida por una larga bata de terciopelo negro con ribetes rojos. Anudada a la cintura.

—Ven, Jonathan... Aquí... al lecho...

Fox movió los labios. Incapaz de hablar. Horrorizado por la visión.

El rostro de la mujer marcadamente pálido. Cadavérico. Y sus ojos... sus ojos eran dos bolas blancas. Sin pupilas. Dos esferas blanquecinas. Horripilantes...

La mujer se despojó lentamente de la bata. La tela cayó a sus pies.
Quedó totalmente desnuda ante Fox.

—Ven, Jonathan... Amame...

La
mujer
avanzó.
Tendiendo
sus
brazos.

—Soy Jessica... Jessica Morrow...

Jonathan Fox reaccionó ante el avance de la mujer. No corrió hacia la puerta. Ella le cerraba el paso. Fox se precipitó nuevamente al ventanal.

Apenas abrirlo, se encontró con el encapuchado. En el balcón.

Con el cuchillo en la diestra. Una brillante hoja que se alzó bruscamente sobre el horrorizado Jonathan Fox.

* * *

Alex Sandler cargó una y otra vez contra la puerta.

—No... no puedo derribarla... Necesitaré algo para apalancaría.

—¡Espera! —exclamó Leila, con demudado rostro—. Hay una armadura al final del corredor. Con una espada.

Sandler siguió cargando contra la puerta.

Le llegaban los gritos de Jonathan Fox en demanda de auxilio.

Retornó Leila. Portando con dificultad una descomunal espada. Una espada del siglo

XVI de artístico pomo y guarnición.

Alex Sandler tomó la pesada hoja. Apalancó la puerta. Una y otra vez. Haciendo saltar la madera del marco y posteriormente el cerrojo.

Penetró en la estancia. Seguido de Leila.

No había nadie en la habitación.

Las contras del ventanal totalmente abiertas. Una fuerte corriente de aire hacía serpentear con fuerza los cortinajes.

—¡Aquí, Alex...! ¡Estoy aquí...! Sandler corrió a la balaustrada. Si.

Allí estaba Jonathan Fox.

Colgando del balcón. Aferrado con dificultad a uno de los salientes.

—¿Qué diablos te ha ocurrido?

—¡Ayúdame, Alex...! ¡No resisto más...!

Sandler se inclinó. Introdujo el brazo por entre las columnas de la balaustrada. Su diestra aferró con fuerza la muñeca izquierda de Fox.

Tiró hacia arriba.

—¡Ahora, Jonathan...! ¡Tiende tu mano derecha...! Fox se encaramó sobre la baranda.

Quedó unos instantes sobre ella. Jadeando.

—Creí... creí que no lo contaba...

—¡Maldita sea, Jonathan!... ¿Cómo diablos has podido caer? ¿Te has mareado? Fox alzó la cabeza.

Con crispado rostro.

—¡Por todos los...! ¿Crees que me he caído yo solito? ¿Mareado como una embarazada? ¡Ha sido él, Alex!

—¿El?... ¿Quién?

—Satanás.

—Ya. ¿Llevaba el tridente?

—No. Lo olvidó encima de una caldera —respondió Fox, correspondiendo irritado al sarcasmo de su amigo—. Si, llevaba un cuchilla de degollar búfalos. Aquí tengo la prueba. Lo esquivé milagrosamente.

Jonathan Fox se ladeó. Descubriendo su costado izquierdo.

Tenía la camisa rasgada. Sobre la tela se dibujaba un trazo sanguinolento. Ante el gesto de horror reflejado en el rostro de Leila, la tranquilizó:

—Sólo ha sido un rasguño.

—¿Cómo ocurrió, Jonathan? —inquirió Sandler, borrando ya toda ironía.

—Un encapuchado. Un individuo con una túnica negra. Le vi en el panteón. Yo retrocedí para cerrar las contras del ventanal, pero ella estaba aquí.

—¿Quién?

Jonathan Fox tragó saliva.

Consciente del efecto que iba a causar con sus palabras.

—
Jessica.
Jessica
Morrow.
Leila
palideció.
Sus gordezuelos labios balbucearon trémulos.
—No... no es posible...

—Se presentó como Jessica Morrow —continuó Fox—. No hacía más que repetir mi nombre. Yo escapé de ella. Al salir al balcón, ya me esperaba el encapuchado con el cuchillo. Esquivé milagrosamente la hoja. Y fue el terror lo que me impulsó a luchar contra él. Grité en demanda de auxilio. Le solté un trallazo, pero perdí el equilibrio y salté por la baranda.

—Hay una considerable altura desde el balcón, Jonathan. Nadie puede subir... ni bajar.

—El encapuchado estaba en el panteón. Y minutos después, más bien segundos, me esperaba en el balcón.

—¿Por dónde entró... Jessica? La habitación estaba

con el cerrojo. He tenido que violentarla para entrar. Fox volvió a desencajar su rostro.

Furioso.
—¿No me crees? ¡Maldita sea. Alex...! Ahí puedes ver la bata. Se desnudó ante mi y...

Jonathan Fox enmudeció.
No había rastro de la bata de terciopelo negro con ribetes en rojo.

Es... estaba ahí... ¡Lo juro, Alex...! Junto a la cama. Ahí se desnudó. Una bata de terciopelo negro con adornos en rojo. Cayó al suelo y...

—Mi madre tenía una bata de terciopelo negro con ribetes rojos —murmuró Leila, con voz apenas audible—, Está en el armario de su habitación. Iré a por ella...

La muchacha abandonó la estancia.

Corrió por el pasillo hasta detenerse frente a una de las puertas. Al empujarla, la hoja de madera chirrió con estridente sonido.
Leila pasó al interior de la habitación.

El polvo en aquella estancia era más acusado. Había procurado siempre no entrar allí. Fue la habitación ocupada por Jessica Morrow.

Leila acudió al armario.

Un mueble de doble hoja empotrado en la pared. Con artísticos relieves en las puertas. Lo abrió.
Infinidad de vestidos y prendas femeninas.

Rebuscó entre ellos hasta dar con la bata de terciopelo negro con adornos en rojo. Procedió a retirarla de la percha.

Fue entonces cuando, del interior del armario, surgió la mano. Una zarpa.
Una negra zarpa que se aferró con violencia al frágil cuello de Leila.

CAPITULO XI

Jonathan Fox contempló perplejo a su compañero.
—¿Qué... qué haces?

Alex Sandler primero se subió encima de la cama para inspeccionar el dosel. Luego procedió a descolgar cuadros y apartar muebles.
—Ayúdame, Jonathan.
—¿Ayudarte...? ¿A qué? ¿Qué buscas?

Sandler había abierto el armario. Comenzó a quitar la ropa y arrojarla al suelo. Hasta vaciar por completo el mueble.
Se inclinó.
Tanteando rincón por rincón.
—Tiene que haber algo... alguna entrada secreta que...

Fue en el lado izquierdo del armario empotrado. Mitad de la pared se entreabrió cuando Sandler presionó un oscuro resorte.
—Dame uno de aquellos candelabros de adorno, Jonathan.
—Pero... .

—¡Obedece, maldita sea!
Jonathan Fox fue hacia el *boudoir* donde se hallaba

un bello candelabro de bronce. Encendió la vela retornando junto al armario. Sandler ya había empujado la pesada piedra que giró con suavidad y sin mido alguno.
—Dame el candelabro y espera aquí a Leila.

—¡Y un cuerno! —respondió Fox—. Yo voy contigo. Cuando me quedo solo, aparecen los fantasmas.

Alex Sandler sonrió en dura mueca.

—¿Fantasmas...? Ahora te los presentaré, Jonathan. Sígueme. Se adentraron por un túnel.
Una angosta galería carente de iluminación.

El candelabro sostenido por Jonathan Fox proyectaba temblorosos reflejos. Alex Sandler se detuvo en un recodo.
—Jonathan... apaga la vela... Al final se divisa algo de luz...

Fox sopló sobre el candelabro. Prosiguieron el avance.

El túnel se iba ensanchando. En algunos tramos, a izquierda y derecha, se veía una oquedad. Sin duda el acceso secreto a otras dependencias del castillo.

Llegaron ante una escalera. Descendieron. Alex Sandler iba en cabeza.

Fue el primero en contemplar la circular sala. Débilmente iluminada por la mortecina luz de dos quinqués acoplados en la pared.

Y de espaldas a Sandler, hasta entonces oculto bajo la escalera, surgió la fantasmal figura.

El encapuchado de la túnica negra.

Con un cuchillo en su diestra.
—¡Cuidado, Alex...!

La advertencia de Fox no fue necesaria.

Sandler ya se había percatado de su atacante. Se ladeó con agilidad esquivando la afilada hoja. Y correspondió proyectando su puño derecho al estómago del misterioso individuo. Seguido de un trallazo en la cabeza.

El encapuchado rodó por el suelo.

Soltó el cuchillo para llevar su mano derecha hacia una abertura de la túnica. Su diestra apareció empuñando una automática.
Alex Sandler fue rápido.
De violento patadón desarmó al encapuchado. Y con el mismo pie le atizó en la cabeza.

—Aquí tienes a tu Satanás, Jonathan —rió Sandler, apoderándose de la automática. Satanás armado con una Luger. Muy curioso. Quítale la capucha, Jonathan.

—¿Yo...?

Alex Sandler terminó por aproximarse al aturdido individuo. Le arrancó la capucha.

—¡El doctor Lanchester! —exclamó Fox, sorprendido.

Walt Lanchester, a cuatro manos, alzó el rostro. Tenía los labios reventados. Un par de dientes le colgaban próximos a caer. Efectos del puntapié recibido.
—En pie, Lanchester.
El doctor obedeció, tambaleante, la orden de Sandler.

—Un... un momento... Hay mucho dinero en juego. También vosotros...

Sandler sonrió. Despectivo.

—Douglas Chaffey, ¿no es cierto? El ha planeado todo este diabólico asunto. Necesita el valle. Y la única forma de conseguirlo es enloqueciendo a Leila. Hacer la creer que está loca... o trastornarla

realmente mediante vuestras satánicas intervenciones. ¿Quién más está aquí? ¿Abraham Wilmer?

—No... El no sabe nada. Guy Haskin y yo.

—El sirviente, ¿eh? Mayordomo para todo. Dos encapuchados, Jonathan. El del panteón y otro que pasó del balcón contiguo. ¿Qué me dices de la mujer? ¿Quién es?

—Janet North. La prima de Leila.

—Comprendo. Apuesto a que el mismísimo Douglas Chaffey la hizo llamar de Inglaterra.

Walt Lanchester asintió con débil movimiento de cabeza.

—Chaffey sobornó al notario. Se informó de esa cláusula en el testamento de Donald Morrow. Si Leila era internada en un centro psiquiátrico, Janet North heredaría el valle y podría venderlo a la Chaffey Company.

—Sucios bastardos... Os resultaba muy sencillo atormentar a una indefensa muchacha. Cuervos amaestrados, micrófonos, desconectar el sistema telefónico, jugar con las luces... ¿Quién descubrió estas entradas secretas? Leila las desconocía, ¿verdad?

—Leila... Leila apenas pisaba el castillo. Le horrorizaba. El mismo Douglas Chaffey y su hermana Karla se desplazaron aquí en varias ocasiones. Registraron el castillo y encontraron unos planos primitivos. Y en ellos figuraban las entradas secretas. Fue

entonces cuando a Karla se le ocurrió el plan de provocar la locura de Leila. De influir en todo Dawnsville que Leila había heredado la locura de su madre, su satanismo... Douglas Chaffey contrató a varios hombres que sembraron el terror con sus fantasmales apariciones por las granjas del valle. Simulando prácticas satánicas. Propagan do que Leila Morrow era quien las organizaba.

Alex Sandler aferró con fuerza la Luger.
Contuvo sus deseos de soltar un culatazo en la boca de Lanchester.

—Es fácil adivinar que tú provocaste el ataque al corazón en Douglas Chaffey.

—Fue... fue idea de Karla —se disculpó torpemente el doctor—. Eso influiría de forma decisiva en los habitantes de Dawnsville. Y también en Leila. Inyecté a Douglas Chaffey un fármaco que simula paralizar las funciones vitales dándole aspecto de muerto. Un efecto de horas. Contábamos con la aparición de Leila para dar el pésame. Karla la forzaría a formular el conjuro, la invocación a Satanás... y entonces yo inyectaría otro medicamento que restablecería por completo a Chaffey. Teníamos como testigo a Abraham Wilmer, pero vuestra inesperada presencia fortalecería la leyenda de satanismo que pesaba sobre Leila Morrow.

—De seguro que la astuta Karla no se tragó el truco del ataúd, pero le interesaba nuestra colaboración. Incluso nos soltó un cheque por tres mil dólares. Para que pregonáramos por todo Dawnsville la... resurrección satánica de Douglas Chaffey por obra de Leila.
—Sí...
—Os ha salido mal el plan, malditos.

Walt Lanchester dirigió una rápida mirada hacia una puerta situada al fondo de la circular sala.

—Douglas Chaffey pagará generosamente por vuestro silencio. Vuestra presencia esta noche en el castillo alteró nuestro plan. He comunicado con Chaffey para pedir instrucciones. Replicó que os diera muerte. A cuchilladas. Leila despertaría mañana con un ensangrentado cuchillo entre sus manos. Le haríamos creer que ella fue la causante.

—
Estamos
con

vida,
perro.
Lanchester
sonrió.

—Poco impona. Tenemos otros medios para enloquecer a Leila. Ahora mismo está siendo enterrada viva. La alucinante experiencia la trastornará por completo. Su mente no se recuperará jamás. Me comprometo a que Douglas Chaffey os entregue diez mil dólares si...
El doctor no pudo seguir hablando.
Alex Sandler se había abalanzando sobre él aferrándole por el cuello.

—¿Qué dices de Leila. hijo de perra? ¿Está en vuestro poder...? ¡Responde!
—No le dejas hablar, Alex —intervino Fox—. Afloja un poco.

Walt Lanchester tenía el rostro congestionado. Por su entreabierta boca asomaba un palmo de lengua. Ciertamente quería responder, pero la furia de Sandler atenazaba en demasía su cuello.

Esa presión cesó.
Y Lanchester pudo articular palabra.

—Aquella puerta... al final... conduce a la bodega... y de allí al panteón... Leila está allí y...

Sandler no necesitaba oír más.

Golpeó a Walt Lanchester con el cañón de la Luger. En pleno rostro.

Se escucho el crujir de la nariz de Lanchester, instantes antes de desplomarse sin sentido.

—¡Qué bruto eres, Alex! —exclamó Fox, chasquean do la lengua. Sandler corría hacia la puerta situada al fondo de la sala. Seguido de Jonathan Fox.

Se adentraron por un nuevo túnel. Este sí estaba iluminado. Llegaron a la bodega. También iluminada. Se veían un par de camastros, restos de comidas, latas de cerveza e, incluso, una nevera portátil.

Sin duda, aquél era el lugar de reunión de los «fantasmas».

Y allí descubrieron a Janet Noth. Frente a una mesa. Y sobre la tabla una peluca rubia, un estuche con lentillas, polvos de maquillaje...
La mujer se incorporó ante la súbita aparición de Sandler y Fox.

Ya no lucia la bata de terciopelo, sino una blusa y un pantalón vaquero. Quiso huir hacia una puerta.
Jonathan Fox se lo impidió.

No sólo le cerró el paso. Le soltó un trallazo que hizo rodar a Janet aparatosamente por el suelo.
La mujer quedó sin sentido.

—¿Y yo soy el bruto? —rió Sandler, continuando su carrera hacia la siguiente puerta—, ¡Tú sí que eres bestia!

—Se la tenía jurada —argumentó Fox—. ¡Por el susto que me dio haciéndose pasar por Jessica!

Alex Sandler abrió la puerta.

Se encontraron frente a una escalera de breves peldaños. Subieron.
Lentamente.
Podían oír una ronca y gutural voz.

—Te necesitamos en el Averno, Leila... Eres nuestro ángel...

Duerme... cuando despiertes, tus manos estarán manchadas en sangre... La sangre de Fox y Sandler... Los dos entrometidos que han profanado con su presencia el castillo... ¡Tú los matarás, Leila...! Ahora acude al encuentro de Satanás, tu amo y señor...

Leila había sido introducida en una fosa. Atada de pies y manos.

Amordazada.

Un individuo de deforme rostro, protegido por una larga túnica negra y oscuras manos escamosas, estaba echando tierra sobre la fosa.
Riendo en desaforada carcajada.
Ni tan siquiera se percató de la presencia de Sandler y Fox.

—Jonathan...
—¿Sí, Alex?

—Es tuyo.

—Okay.

Aquellas voces sí-, hicieron girar al individuo de la túnica negra. Enfrentó sus horripilantes facciones a Sandler y Fox. Un rostro purulento. Deforme. Pródigo en nauseabundas llagas.
Jonathan Fox ni tan siquiera pestañeó.

Su zurda aferró la túnica. Y con la diestra comenzó a golpear el rostro del individuo. Una y otra vez.
La máscara comenzó a caer a trozas.

Descubriendo el rostro de Guy Haskin, que en vano trataba de esquivar los golpes. Alex Sandler estaba liberando a la muchacha.

—Ya es suficiente. Jonathan —dijo al ver como Fox continuaba golpeando a un desvanecido Haskin—, Te estás pasando. Telefonea al *sheriff* de Dawnsville. Que acuda al castillo.

Leila pese a estar libre de ataduras, no reaccionaba.
Temblaba convulsiva.
Incapaz de articular palabra.

Alex Sandler la abrazó con fuerza. Besó los cabellos femeninos, las mejillas, los ojos...
—Ya todo ha terminado, pequeña... Ya todo ha terminado...

EPILOGO

Los azules ojos de Leila extendieron su mirada a lo largo del paradisiaco valle. El sol, en lo alto del horizonte, doraba la tierra con la luminosidad de sus rayos.

—Hoy es el día más feliz de mi vida, Alex. ¡Tenías que haber visto a los habitantes de Dawnsville...! ¡Todos! Todos esperando mi salida del hospital. No sabían qué hacer para demostrar su afecto y...

—Se consideran culpables, Leila —interrumpió Sandler—, Muchos se dejaron influir por las maldades de Chaffey contra ti, pero otros disfrutaban acusándote de satanismo.

—Yo no les culpo. Todo fue tan... tan cruelmente planeado, tan diabólico...

—Prometiste olvidarlo, ¿recuerdas?

—Y tú prometiste ayudarme a ello. Sandler sonrió.

Abarcó entre sus manos el rostro de Leila besándola en la boca.

—Seguro. Por tu culpa hemos perdido el cheque de Karla.

—A cambio os he proporcionado trabajo.

—¡Trabajo...! Leila rió divertida.

—Jonathan está entusiasmado con ese proyecto de construir una grandiosa granja en el valle. Desaparecerá el castillo y levantaremos una magnifica granja orgullo de Dawnsville.

—Jonathan siempre fue muy bucólico.

—Fue idea tuya.

Sandler volvió a besar los labios femeninos.

—Lo sé, pequeña. Y te prometo que trabajaremos duro. No lo dudes. ¡La mejor granja de California! El orgullo de Dawnsville. La Chaffey Company ha quedado desacreditada de por vida. Poco importa que los hermanos Chaffey, con sus influencias, consigan un ve-redicto leve; aunque lo dudo. No sólo está su cruel complot contra ti. También pesan sus intentos de asesinato contra Jonathan y contra mi.

El rostro de Leila se ensombreció.

—Creo que de poco servirán las confesiones del doctor Lanchester y de Haskin. Como bien dices, los Chaffey son influyentes. Puede que la condena sea leve.

—Su historia de maldad ha sido divulgada por todo el país, Leila. La

Chaffey Company es ahora una empresa maldita. Douglas y Karla Chaffey jamás regresarán a Dawnsville. Se establecerán en otro lugar. Aquí no tienen futuro.
—Nunca conseguirán el valle.
—Por supuesto que no, Leila. Tú y yo vamos a casamos. Y poblaremos el valle de hijos. ¡Infinidad de herederos!
La joven se ruborizó como la amapola.
—No te burles de mí...
—¿Burlarme? Hablo en serio, Leila. ¿Qué respondes tú?
—¡Oh, Alex...!
Unieron nuevamente sus labios.
El recuerdo de Jessica Morrow desaparecería para siempre del valle.
Alex Sandler y Leila se encargarían de ello.

FIN